ALEJANDRO DUMAS (HIJO)

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Comedia en cinco actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

La Dama de las Camelias

LA DAMA DE LAS CAMELIAS

DRAMA EN CINCO ACTOS

ORIGINAL DE

ALEJANDRO DUMAS (Hijo)

Traducido y arreglado al español por

MAGNOLIO JUAREZ

Representada por primera vez en el «Teatro Español» de Barcelona, el 10 de Enero de 1912



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA GAUTIER	Sra. Marsal.
OLIMPIA	» Baró.
NICHETTE	» Nogué.
PRUDENCIA	» Rodríguez.
NANINE	» Prunell.
ARMANDO DUVAL	Sr. García Parreño.
JORGE DUVAL	» Buxens.
SAINT-GAUDENS	» Ginestet.
EL CONDE DE GIRAY	» Ballart.
ARTURO DE VARVILLE	» Cinca.
EL DOCTOR	» Riera.
GUSTAVO	» Delhom.
GASTÓN	» Parreño (J.)
UN CRIADO	» Valencia.
UN MANDADERO	» N. N.

Damas y caballeros

La escena en nuestros días



ACTO PRIMERO

Boudoir de Margarita

ESCENA PRIMERA

NANINE, trabajando. ARTURO, cerca la chimenea. Oyese la campanilla de la puerta

ARTURO Han llamado.

NANINE Ya abrirá Valentín.

ARTURO ¿Será Margarita?

NANINE No vendrá hasta las diez y media y no han dado aún las diez. ¡Calle, es Nichette!

ESCENA II

Dichos y NICHETTE

NICHETTE ¿No llegó Margarita?

NANINE No. ¿Quería usted verla?

NICHETTE Deseaba darla un abrazo y nada más. Pero ya que no está me vuelvo.

NANINE No tardará mucho, aguárdela usted .

NICHETTE No, no puede ser; me aguarda Gustavo en la calle. Sigue bien, ¿verdad?

NANINE Como siempre.

NICHETTE Bueno pues, dígala que vendré a verla otro día. Adiós, Nanine. Caballero, buenas noches. (Vase.)

ESCENA III

Dichos, menos Nichette

ARTURO ¿Quién es esta joven?

NANINE Es la señorita Nichette.

ARTURO Es un nombre de gato. Nichette...

NANINE Era la compañera de Margarita, cuando trabajaban las dos en una misma tienda de modas.

ARTURO ¿Pero Margarita había trabajado en una tienda de modas?

NANINE Pero eso no es un secreto para nadie. Ya lo creo.

ARTURO Y no es mala esa Nichette.

NANINE Y muy lista.

ARTURO ¿Y quién es ese Gustavo que la aguardaba?

NANINE Su novio.

ARTURO Bueno, digamos su amante, es igual.

NANINE No lo crea; su novio, con el cual se casará; la señorita Nichette, no admitiría de él otra cosa.

ARTURO Bueno, poco me importa a la verdad lo que sea. Dime, ¿te parece si mis pretensiones ganan algún terreno?

NANINE Por ahora...

ARTURO De manera que el señor Duque...

NANINE Reína en absoluto; es muy difícil desbancarle.

ARTURO Pues me parece que no será por los atractivos que reuna, ni es muy divertida su compañía.

NANINE Pero la quiere mucho, casi como una hija.

ARTURO Sí, ahora recuerdo cierta historia sentimental.

NANINE El señor duque de Mauriac, tenía una hija completamente tísica, y murió en los baños donde había ido con su padre para recobrar la salud. Hace de ello dos años. En el mismo establecimiento, conoció a

Margarita y allí intimaron, tanto que al quedarse el señor Duque huérfano de hija, propuso a Margarita que la reemplazara.

ARTURO Y ella ¿qué contestó?

NANINE Que no podía ser. Margarita no es de las que mienten; confesóle su condición y modo de ser...

ARTURO Además, en la actualidad debe más de cincuenta mil francos.

NANINE Que usted le ha ofrecido saldar. Pero desgraciadamente para usted, mi ama prefiere la deuda, al amor que usted le ofrece.

ARTURO Porque cuenta con el conde de Giray.

NANINE El señor Conde es sencillamente un amigo.

ARTURO ¿Un amigo?...

NANINE Y nada más; miente quien suponga otra cosa. (Llaman.) Han llamado. Será ella. Ni una palabra de cuanto he dicho.

ARTURO Queda tranquila.

ESCENA IV

Dichos y MARGARITA

MARGARITA (Desde el foro.) Que preparen la mesa. Vendrán Olimpia y Saint-Gaudens, a quienes hallé en la Opera. Anda, no te detengas. (Va a sentarse junto a la chimenea.) ¡Señor Varville!...

ARTURO Aquí. Aguardándola a usted. Este parece mi destino; aguardarla, siempre aguardar.

MARGARITA Y el mío verle a usted, siempre verle.

ARTURO Mientras no me lo impida usted.

MARGARITA ¿Tiene usted algo nuevo que contarme?

ARTURO Desgraciadamente no.

MARGARITA ¿De manera que he de oir lo de siempre?

ARTURO Sí, que la amo a usted.

MARGARITA Pero, ¿por qué no se dirige usted a otra puerta? He de ser yo precisamente quien le sufra. Confieso que es algo aburrido.

ARTURO Pues en Bagnéres el año pasado, no la aburría a usted tanto.

MARGARITA Es que me hallaba enferma y hastiada y allí confieso que cualquier cosa me divertía. Pero ahora ya es distinto.

ARTURO Naturalmente; tiene usted la protección del señor duque de Mauriac y el cariño del Conde.

MARGARITA Todo lo cual, a nadie le importa. De modo que si no tiene usted cosa que decirme...

ARTURO Puedo retirarme, ¿verdad? pues no, señora, no me retiro. Cuando menos tendré la satisfacción de estar cerca de usted.

ESCENA V

Dichos, NANINE

MARGARITA ¿Has encargado la cena?

NANINE Pronto estará.

MARGARITA ¿Has visto a Prudencia?

NANINE Sí, señora. Dijo que vendría esta noche. Quien vino hace poco fué la señorita Nichette.

MARGARITA ¿Por qué no aguardó?

NANINE Porque su novio estaba aguardándola en la calle.

MARGARITA ¡Pobre amiga mía!

NANINE Vino también el señor Doctor.

MARGARITA ¿Y qué dijo?

NANINE Que le convenía a usted la tranquilidad y el reposo.

MARGARITA ¡Pobre Doctor! siempre el mismo. ¿Y nada más?

NANINE Luego trajeron este ramo.

ARTURO De mi parte.

MARGARITA Lilas blancas y rosas. Ponlo en tus habitaciones, Nanine.

ARTURO ¿Lo desprecia usted?

MARGARITA Oiga usted. ¿Con qué nombre es el que se me conoce?

ARTURO Margarita Gautier.

MARGARITA Este es el mío, conformes; pero no es por el que se me nombra.

ARTURO Quiere usted decir por el de La dama de las Camelias, ¿no es eso?

MARGARITA ¿Y por qué

ARTURO Porque son las flores únicas conque usted se adorna.

MARGARITA Porque son las que prefiero, así es que es inútil que se me manden otras. Si usted cree que he de hacer una excepción por usted, se engaña. Los perfumes de las flores me marean y por eso prefiero las camelias.

ARTURO Veo que tengo en usted mala suerte en todo, así es que me retiro. Adiós, Margarita.

MARGARITA Buenas noches, Varville.

ESCENA VI

Los mismos OLIMPIA, SAINT-GAUDENS y NANINE

MARGARITA ¿Cuánto has tardado? (A Olimpia.) ¿Creí no llegabas jamás?

OLIMPIA Tiene la culpa Saint-Gaudens.

GAUDENS Naturalmente, siempre soy yo quien la tiene. Buenas noches, amigo Varville.

ARTURO Buenas, querido Saint-Gaudens.

GAUDENS ¿Cena usted con nosotros?

MARGARITA No, se marchaba.

GAUDENS Y usted, Margarita, ¿cómo sigue?

MARGARITA Perfectamente.

GAUDENS Lo celebro; no puede haber alegría donde la salud no reside.

OLIMPIA Pero la alegría reside allí donde estás tú.

GAUDENS ¡Cuidado con las adulaciones!... (A Margarita.) Y Varville ¿no cena con nosotros? Me da lástima. Encargué al pasar por la Maisón Dorée unas ostras y un champagne que

sólo para los amigos tienen reservado. ¡Qué champagne! ¡Superior, superior!

OLIMPIA (Bajo a Margarita.) (¿Por qué no invitaste a Edmundo?)

MARGARITA ¿Por qué no le trajiste?

OLIMPIA ¿Y Saint-Gaudens?

MARGARITA ¿Pero es que no le tienes acostumbrado aún?...

OLIMPIA Aun no. A su edad difícilmente se hace adquirir una costumbre y mucho menos si es buena.

MARGARITA ¿Está ya la cena? (A Nanine.)

NANINE Dentro cinco minutos. ¿Quiere usted que se sirva en el comedor?

MARGARITA No, no, aquí mismo. Estaremos mejor. Y usted, señor Varville ¿no se ha marchado aún?

ARTURO Sí, me marcho.

MARGARITA (Acercándose a una ventana y llamando.) ¡Prudencia!...

OLIMPIA ¿Prudencia vive aquí?

MARGARITA En esta misma casa. Cuando necesito de ella, no tengo más que llamar por la ventana.

GAUDENS ¿Y quién es esta señora?

OLIMPIA Una modista de sombreros.

MARGARITA Que no tiene otra parroquiana que yo.

OLIMPIA Y cuyos sombreros nunca te pones.

MARGARITA Porque son horrorosos. Pero es una buena mujer y necesita dinero. ¡Prudencia!

PRUDENCIA (Desde dentro.) ¿Qué ocurre?

MARGARITA Que te estamos aguardando.

PRUDENCIA No puedo.

MARGARITA ¿Qué te lo impide?

PRUDENCIA Tengo aquí a unos amigos que me han invitado a cenar.

MARGARITA Pues vente con ellos. ¿Quiénes son?

PRUDENCIA Hay uno a quien ya conoces. Gastón Rieux.

MARGARITA Sí, ya le conozco. Y ¿quién es el otro?

PRUDENCIA Pues, un amigo suyo.

MARGARITA Bueno, ya basta. Vente con ellos. ¡Qué

frío hace esta noche! Varville, ponga usted más leña a la chimenea; haga usted algo que sea útil, a lo menos. (Varville lo hace.)

ESCENA VIII

Dichos, GASTÓN, ARMANDO y PRUDENCIA

PRUDENCIA Ya estamos aquí

GASTÓN ¿Cómo está usted, señorita?

MARGARITA Perfectamente.

PRUDENCIA Cuidado si se tratan ustedes con cumplidos.

MARGARITA Es que Gastón es muy fino y distinguido y además ya me guardaría yo muy bien de tratarle con demasiada intimidad si no quiero que Eugenia me saque los ojos.

GASTÓN Son para ello demasiado pequeñas las manos de mi Eugenia, y los ojos de usted demasiado grandes.

PRUDENCIA Basta de discreteos. Querida Margarita, permítame que le presente a mi amigo Armando Duval, que es el adoradar más ferviente que tiene usted en París.

MARGARITA Que pongan dos platos más; creo que el amor no le impedirá hacer honor a mi mesa. (Tendiendo la mano a Armando.)

GAUDENS ¡Mi querido Gastón! Tengo un verdadero gusto en verle a usted.

GASTÓN Y usted, amigo Saint-Gaudens, joven como siempre.

GAUDENS No, joven no, pero nada les envidio.

GASTÓN Afortunado siempre.

GAUDENS A la vista está. (Señalando a Olimpia.)

GASTÓN Por lo que le felicito.

GAUDENS Lo que tengo es un miedo cerval de que venga Amanda.

GASTÓN Hay quien dice que está usted loco por ella.

GAUDENS Loco, hasta cierto punto. Pero anda por medio cierto banquero y aunque no me habría costado desbancarle, como no soy par-

tidario de ciertos gatuperios, se la cedí generosamente.

GASTÓN Usted no envejecerá jamás.

GAUDENS Naturalmente; como que no hay como ser viejo para no envejecer. ¿Es usted, señor Duval, pariente del jefe económico, señor Duval?

ARMANDO Ya lo creo; como que es mi padre.

GAUDENS Lo celebro infinito.

ARMANDO ¿Le conoce usted?

GAUDENS Como conocí también a su buena y virtuosa madre de usted.

ARMANDO Hace tres años que murió.

GAUDENS ¿Es usted hijo único?

ARMANDO No, señor; tengo una hermana.

MARGARITA (Bajo a Gustavo.) Su amigo Duval es en extremo agradable.

GASTÓN Y usted a él, le es más agradable, pues está loco por usted. ¿No es cierto, Prudencia?

PRUDENCIA ¿Loco? más que eso.

OLIMPIA (Acercándose al grupo de Margarita, Gastón y Prudencia.) ¿De quién se murmura?

PRUDENCIA De nadie. Decíamos que Armando Duval hace dos años que está bebiendo los vientos por Margarita.

MARGARITA ¿Dos años? pues eso es antiguo.

PRUDENCIA Como que se pasa la vida al lado de los que le hablan de usted.

GASTÓN Y no faltó ni un día, aunque sin dejar su nombre, durante el tiempo que permaneció usted en los baños, sin que dejara de venir a preguntar por usted.

MARGARITA Así me lo dijeron, aunque hasta la fecha ignoraba quién pudiera ser. Es interesante en extremo. Oiga, amigo Duval, ¿era usted quien, durante mi permanencia en los baños, venía diariamente a preguntar por mí?

ARMANDO En efecto.

MARGARITA Al fin he tenido la fortuna de saber a quien debo dar las gracias. ¿Oye usted,

amigo Varville? ¿Cuándo hizo usted tanto?

ARTURO Es que entonces no tenía el gusto de conocerla apenas.

MARGARITA ¿Y qué importa? el señor no me ha conocido hasta este instante.

ARTURO Margarita, me retiro. Volveré otra ocasión.

MARGARITA ¿Que volverá usted? ¿cuándo?

ARTURO Cuando a usted le parezca.

MARGARITA Pues siga usted bien.

ARTURO Buenas noches, señores.

OLIMPIA Adiós, amigo Varville. (Vase Arturo. Los Criados han puesto la mesa, alrededor de la cual se sientan todos. Margarita es la última en hacerlo.)

ESCENA IX

Dichos menos Varville

PRUDENCIA Margarita, ¡es usted muy cruel! ¡pobre Varville!

MARGARITA Me hastía hablando siempre de su fortuna, de sus riquezas.

OLIMPIA Pues ese no es un motivo de desprecio, al contrario.

GAUDENS No todas piensan lo mismo que tú.

OLIMPIA ¿Y por qué me tutea usted?

GAUDENS Porque con ello demuestro mejor mi cariño.

OLIMPIA No bastan estas demostraciones.

GAUDENS Creo que te he dado otras.

OLIMPIA ¿Otras? ¿a que no sabéis lo que me regaló el día de mi santo?

MARGARITA ¿Qué?

GASTÓN ¡Nada menos que una berlina de Binder!

OLIMPIA Sin los caballos.

GAUDENS No faltará quien enganchar a ella.

OLIMPIA Como no sea algún amigo de usted. (Todos rien.)

MARGARITA Ea, cenemos y se acabaron las discusiones.

GASTÓN Margarita, sirva usted vino a nuestro amigo Duval, a ver si se alegra algo.

MARGARITA (Sirviéndole vino.) Yo le ruego que beba usted a mi salud.

TODOS ¡A la salud de Margarita!

GAUDENS ¡Brindemos por el amor que nunca envejece!

PRUDENCIA Hace como usted.

GAUDENS ¿Qué edad cree usted que tengo?

PRUDENCIA Pues la que representa.

GAUDENS Pues esta y alguna más.

MARGARITA Amigo Gaudens, no sé qué aventura me refirieron acerca cierto coche amarillo.

PRUDENCIA Venga la aventura.

GASTÓN Margarita, permítame colocar a su lado para oir mejor.

MARGARITA Amigo Gastón, me resulta usted otro Varville.

GASTÓN Pues me retiro con la condición de que cada una de ustedes me dé un abrazo.

MARGARITA Prudencia se lo dará en representación de todas.

GASTÓN No estoy conforme.

GAUDENS Usted que lo sabe, amigo Gastón, cuéntelo, qué a mí maldita la gracia que me hace referirlo.

TODOS ¡Sí, sí, cuéntelo!

GASTÓN Bueno, pues. Cuando el amigo Gaudens perseguía a Amanda, creyó verla una vez dentro de un coche pintado de amarillo y echó tras él a todo correr, logrando descubrir que la dama regresaba a su casa acompañada del señor Agénor. Nuestro amigo Gaudens, lejos de enfurecerse, se retiró pausadamente, entrando tranquilamente en un restaurant.

GAUDENS Naturalmente, yo sabía que Amanda me engañaba, como me consta que Olimpia galantea con Edmundo. Pero pedir la fidelidad en las mujeres es un delirio.

MARGARITA Es usted un filósofo, por lo que le felicito. ¡Brindemos a la filosofía del amigo Gaudens! Usted, amigo Gastón, si fuera tan

amable que tocara el piano, podríamos bailar.

GASTÓN ¡Con mucho gusto, pero les advierto que yo no sé tocar más que una polca!

MARGARITA Bueno, bailaremos la polca. Apartemos la mesa.

PRUDENCIA Es que yo no concluí aún.

OLIMPIA Usted baila conmigo, Armando.

GAUDENS (A Margarita que se deja caer en una silla.) ¿Qué le pasa a usted, Margarita?

ARMANDO ¿Se siente usted indispuesta?

MARGARITA No, no es nada. Dadme un vaso de agua.

PRUDENCIA ¿Se siente usted mal?

MARGARITA No, un momento no más, hagan el favor, pasen a tomar café a la otra habitación, pronto me reuniré con ustedes.

PRUDENCIA Sí, sí, vamos; dejémosla, es lo mejor cuando tiene estos accesos. Se le pasa en seguida.

OLIMPIA Vamos.

GAUDENS Ya está visto que no puede uno pasar un buen rato que dure cinco minutos.

ARMANDO (¡Pobre Margarita!)

ESCENA X

MARGARITA, a poco ARMANDO

MARGARITA Me esfuerzo en vano. (Mirándose al espejo.) ¡Qué palidez es la mía!

ARMANDO ¿Está usted ya algo mejor?

MARGARITA ¡Ah! ¿es usted? sí, estoy tan acostumbrada a ello que es en mí ya natural.

ARMANDO Margarita, no sé porque me parece que usted misma se está matando. Quisiera ser su hermano, su pariente, para tener un derecho a velar por su salud.

MARGARITA Pero por qué deja por mí la alegre compañía de los demás.

ARMANDO ¿Qué me importan? los demás no la quieren a usted con el interés que yo le quiero.

MARGARITA Es verdad, desde hace dos años. (Riendo.)

ARMANDO ¿Se burla usted?

MARGARITA No, porque estoy aostumbrada a oir diariamente lo mismo, y no me río.

ARMANDO Si no me ofenderé. Una promesa tan sólo quisiera.

MARGARITA ¿Qué promesa?

ARMANDO La de que cuidará usted de su salud.

MARGARITA Qué engañado está usted. Esta agitación es la que me da vida. Además, las mujeres como yo, sin familia, sin verdadero afecto y cercadas sólo de adoradores, no podemos hacer otra vida. Nos abandonan cuando no servimos para satisfacer sus caprichos. Cuando hace algún tiempo la enfermedad me retuvo en cama cerca dos meses, ni uno solo llegó hasta mí a prodigarme una sola palabra de cariño.

ARMANDO Tal vez voy a decira una locura: pero si yo me considerara con algún derecho para ello, me constituiría en su hermano, en su enfermero, hasta verla restablecida por completo. Luego, la dejaría a usted en libertad para que prosiguiera la vida interrumpida, pero no sé porque el corazón me dice que no volvería usted a ella.

MARGARITA Tiene usted el vino triste.

ARMANDO Margarita, usted carece de corazón.

MARGARITA Sólo sería para mi tormento. ¿Sería usted capaz de dedicar su vida a la conservación de la mía?

ARMANDO En absoluto.

MARGARITA Tenía razón Prudencia al decirme que era usted un sentimental. ¿Y desde cuándo nació en usted este interés que siente por mí?

ARMANDO Hace dos años; un día pasó usted ante mí, bella, sonriente; desde aquel día, yo la he seguido a usted, de lejos y silenciosamente, todo el curso de su existencia.

MARGARITA ¿Y hasta hoy lo calló usted?

ARMANDO No tenía el gusto de conocerla personalmente.

MARGARITA ¿Por qué ni una sola vez de cuantas vino a enterarse por mi salud, se dignó llegar hasta aquí?

ARMANDO ¿Y con qué derecho?

MARGARITA Con el que da una mujer galante.

ARMANDO Margarita, para mí todas las mujeres, sean cuales fueren, me inspiran igual respeto. Además, tenía otra razón.

MARGARITA ¿Cuál?

ARMANDO El temor a la influencia que pudiera usted ejercer en mi vida.

MARGARITA En tal caso, usted está enamorado de mí.

ARMANDO No es hoy el día a propósito ni el instante para hacerle tal confesión.

MARGARITA Ni me la haga jamás, se lo ruego.

ARMANDO ¿Por qué?

MARGARITA Porque una de dos, o me vería obligada a rechazarle y entonces me odiaría usted, o de aceptarle se vería usted obligado a soportar la compañía de una mujer enfermiza y nerviosa que acabaría por aburrirle.

ARMANDO Usted está injusta consigo misma. La nobleza de su alma es superior a todo.

MARGARITA Seamos prácticos. La mujer que como yo derrocha cien mil francos, no puede hacer la felicidad de un joven digno como usted. Dejemos tonterías a un lado, ofrézcame su brazo y vamos a reunirnos con nuestros amigos que tal vez murmurarán ya por nuestro alejamiento.

ARMANDO Yo me atrevo a suplicarle que no me obligue a ello, que me permita permanecer aquí solo.

MARGARITA ¿Por qué razón?

ARMANDO Su alegría de usted me está dañando.

MARGARITA (Después de una pausa.) Armando, amigo mío, atienda bien mis palabras. Si es que siente usted por mí cuanto acaba de darme a entender, sí, en una palabra, me ama usted de veras, evite mi presencia. Quiérame

como un amigo y nada más. Venga usted a verme cuando guste, pero no forme de mí tan elevado concepto, porque créame, valgo menos de lo que usted se imagina. Usted tiene un leal y apasionado corazón, y puede con él, labrar la felicidad de una esposa digna de compartir su nombre. Ya ve usted que no puede exigirme franqueza mayor.

ESCENA XI

Dichos y PRUDENCIA

PRUDENCIA ¿Qué diablos están ustedes haciendo?
MARGARITA Hablábamos como buenos amigos. Déjenos un momento. Al instante estamos con ustedes.

ESCENA XII

Dichos menos Prudencia

MARGARITA Quedamos en que no me ama usted.
ARMANDO En que seguiré su consejo. En que me marcharé.
MARGARITA ¿A tal extremo?
ARMANDO Sí, a tal.
MARGARITA Muchos me dijeron lo mismo y han dejado luego de cumplirlo.
ARMANDO Porque tal vez usted los retuvo.
MARGARITA Eso si que no.
ARMANDO ¿No amó usted jamás?
MARGARITA Nunca.
ARMANDO ¿De veras? No sabe usted cuan feliz me hace tal negación.
MARGARITA No lo comprendo.
ARMANDO Es que usted ignora las noches enteras que me he pasado debajo de sus balcones; que de lejos la he seguido... que hace seis msees

guardo un botón que se cayó de su guante.
MARGARITA No sé hasta qué punto creerle.
ARMANDO Como que para ello, es preciso creer en mi locura. Hace usted bien en reirse de mí. Adiós, Margarita.
MARGARITA ¡Armando!
ARMANDO ¿Que quiere usted?
MARGARITA Que no se separe usted de mi lado ofendido por mi conducta.
ARMANDO ¡Oh, no! en modo alguno.
MARGARITA Oigame. ¿Hasta qué punto puedo creer cuanto acaba usted de decirme?
ARMANDO Si usted leyera en mi corazón, no me haría tal pregunta.
MARGARITA Esta es mi mano.
ARMANDO ¿Qué quiere usted?
MARGARITA Véame usted a menudo y hablaremos. Debo estar agradecida a quien sin conocerme mostraba por mí tal interés.
ARMANDO ¿No es más que gratitud?
MARGARITA ¿No le basta por ahora?
ARMANDO ¿Y luego?...
MARGARITA ¿Qué?
ARMANDO Hacerle una pregunta.
MARGARITA ¿Cuál?
ARMANDO ¿No desea usted ser amada?
MARGARITA ¿Por quién?
ARMANDO ¿Por mí? ¿con ciego amor, eterno?
MARGARITA ¿Eterno dice usted?
ARMANDO Sí.
MARGARITA Quisiera creerle, pero mi vida acabará pronto.
ARMANDO ¡Margarita!
MARGARITA Tome usted esta flor. (Dándosela.)
ARMANDO ¿Y qué he de hacer con ella?
MARGARITA Venir a devolvérmela.
ARMANDO ¿Cuándo?
MARGARITA Cuando esté ya marchita.
ARMANDO ¿Y tardará mucho?
MARGARITA A las flores les basta una noche.
ARMANDO Que dichoso me está usted haciendo.
MARGARITA ¡Repítame que me ama!

ARMANDO Con delirio, con frenesí.

MARGARITA Ahora, parta usted.

ARMANDO Obedezco. Adiós, Margarita. (Le besa la mano y desaparece.)

ESCENA XIII

MARGARITA, GASTÓN, GAUDENS, OLIMPIA y PRUDENCIA

MARGARITA ¡Si habrá cambiado mi destino con dos palabras!

GASTÓN ¡Aquí están amartelados!

GAUDENS ¡Viva la nueva señora Duval!

OLIMPIA ¡Venga el baile de boda!...

PRUDENCIA ¡No, pues no está!

GASTÓN ¿Cómo es eso?

MARGARITA Nada, que se ha marchado. Que seré yo quien os haga bailar. (Prudencia se pone un sombrero de hombre, Gastón uno de mujer y bailan, todos rien. Gran animación.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gabinete tocadar de Margarita

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, PRUDENCIA y NANINE

MARGARITA Buenas noches, Prudencia. ¿Vió usted al Duque?

PRUDENCIA Sí, y me ha entregado esto. (Dándole unos unos billetes.) ¿Si pudiera usted prestarme tres o cuatro cientos francos?

MARGARITA Cójalos. ¿Le enteró de mis propósitos de marcharme una temporada al campo?

PRUDENCIA Así se lo dije.

MARGARITA ¿Y qué contestó?

PRUDENCIA Que aprueba la decisión y qüe cree le conviene a usted.

MARGARITA Ya alquilé la casa por cuatro mil francos.

PRUDENCIA Eso es amar.

MARGARITA Será lo que sea, pasión, capricho, pero confieso que siento un inexplicable placer en ello.

PRUDENCIA ¿Vino ayer?

MARGARITA ¿Eso pregunta usted?

PRUDENCIA ¿Y volverá esta noche?

MARGARITA Naturalmente.

PRUDENCIA Pues ya lo sabía yo por él mismo.

MARGARITA ¿Le ha visto usted? ¿Le habló de mí?

PRUDENCIA Vaya una pregunta también, contesto yo. ¿Pues de quién iba a hablarme?

MARGARITA Me quiere mucho, ¿verdad?
PRUDENCIA Como un loco.
MARGARITA ¡Qué hermoso corazón el suyo!
PRUDENCIA Sí, muy hermoso. Lástima que tan agradable joven no tenga cien mil francos de renta.
MARGARITA Eso precisamente es para él una fortuna.
PRUDENCIA No lo veo así.
MARGARITA Porque de este modo, puede tener la seguridad de que le aman por él y no por su dinero.
PRUDENCIA ¿Usted le quiere a él?
MARGARITA ¿Qúe si le amo? (Tomándole la mano y apoyándosela en el corazón.) ¿Oye usted como late el corazón? pues es por él, porque se acerca la hora de tenerle a mi lado.
PRUDENCIA Entonces sobro.
MARGARITA Ve a abrir, Nanine.
NANINE Pero si no han llamado.
MARGARITA ¿Cómo que no? no importa, ve a abrir. (Vase Nanine.)
PRUDENCIA Me marcho.
MARGARITA Dónde va usted.
PRUDENCIA A rezar por usted.
MARGARITA ¿Por mí?
PRUDENCIA Sí, para que la salve del peligro en que está metida.
MARGARITA Tal vez.

ESCENA II

Dichas y ARMANDO

ARMANDO ¡Margarita!
PRUDENCIA Creo que hay alguien más con ella.
ARMANDO Usted perdone; buenas noches, Prudencia.
PRUDENCIA Muy buenas, y les dejo, porque me aguardan en casa. (Vase.)

ESCENA III

ARMANDO y MARGARITA

MARGARITA Acérquese usted más, caballero, y dígame: ¿sigue amándome igual?
ARMANDO No.
MARGARITA ¿Cómo es eso?
ARMANDO Porque la amo mucho más.
MARGARITA ¿Y dónde se pasó el día?
ARMANDO Pues en casa Prudencia, en la de Gustavo, en la de Nichette. En todos aquellos sitios donde pudiera hablarse de usted.
MARGARITA ¿Y esta noche?
ARMANDO A su lado, desde donde escribiré a mi padre que me aguarda en Tours, diciéndole que no voy allá. No pienso volver a tal sitio.
MARGARITA Y le disgustará con ello.
ARMANDO Conmigo no se disgusta jamás. Y usted ¿cómo pasó el día?
MARGARITA Pensando en usted.
ARMANDO ¿Es eso verdad?
MARGARITA Y formando un delicioso proyecto.
ARMANDO ¿Cuál?
MARGARITA Se lo diré cuando esté convencida de su amor.
ARMANDO ¿Y duda usted de él?
MARGARITA No hay que fiar en las apariencias y lo sé por mí misma, pues yo te amo más de lo que parece.
ARMANDO ¿Es verdad? ¿Me quieres mucho?
MARGARITA Oh sí, muchísimo.
ARMANDO Y no me comunicas el proyecto
MARGARITA Ya te lo diré.
ARMANDO ¿Por qué no en seguida? te lo ruego.
MARGARITA Bueno, pues oye. ¿Te agradaría pasar el verano conmigo en el campo?
ARMANDO ¿Y eso me lo preguntas?
MARGARITA Pues bien, dentro pocos días, habré saldado con mis acreedores y...

ARMANDO ¿Será mucha indiscreción preguntarte cómo?

MARGARITA Pues con mis propios recursos. Eso no debe importarte.

ARMANDO Oh sí, me importa, muchísimo. Oyeme, Margarita. ¿Conoces el Manon Lescaut?

MARGARITA ¿Qué pretendes significar?

ARMANDO Nada, pero Manon se proporcionaba dinero de otros para gastarlo con su amante. Yo creo que nosotros dos tenemos mayor dignidad que aquella pareja.

MARGARITA ¿Pues a qué viene recordar aquella historia?

ARMANDO Porque yo jamás consentiría ser un amante en tal forma.

MARGARITA Quien dice tal cosa. Oiga. ¿Hoy ha hecho un día espléndido, verdad?

ARMANDO Muchísimo.

MARGARITA ¿Estuvo muy concurrido el bosque?

ARMANDO ¿Le interesa mucho?

MARGARITA No, pero de algo debemos hablar. Veo que viene usted hoy dispuesto a interpretar maliciosamente cuanto diga, por lo tanto me callo.

ARMANDO ¿Tendría celos si no te amara tanto?... y lo que ahora mismo dijiste de tu proyecto...

MARGARITA ¿Otra vez?...

ARMANDO Es que su realización fuera el más hermoso sueño de mi vida a no ser...

MARGARITA ¿A no ser qué?... Oyeme; desde la primera noche que te hablé, concentré en tí toda mi existencia. No existe para mí otro hombre que tú, en el mundo. No dudo que será tu mayor placer pasar conmigo una temporada en el campo. No creo que la protección del Duque pueda inspirarte celos. Sabes que no existe entre él y yo más que un puro afecto. ¿Qué puede, pues, importarte que recurra a él para pagar mis deudas, pues no es más que un desinteresado protector?

ARMANDO No, Margarita, te lo suplico. Tú no debes recurrir a él ni a nadie tampoco.

MARGARITA Sólo lo indispensable para saldar mis cuentas.

ARMANDO ¿Pero no consideras?...

MARGARITA ¿Quedamos en eso? ¿verdad?

ARMANDO No, Margarita.

MARGARITA Pues hasta mañana que hablaremos de eso nuevamente.

ARMANDO ¿Es que me despides?

MARGARITA No, aun no.

ARMANDO ¿Aun no? ¿pero luego sí?

MARGARITA ¿Quién dice tal?

ARMANDO ¡Margarita, tú no eres franca conmigo! ¡No me quieres!

MARGARITA ¿Que no te quiero? Oye, si no te quisiera, ¿quién me obligaba a continuar recibiéndote en mi casa desde la noche que nos conocimos? ¿Tú crees que no usaría la franqueza que acostumbro con los que me asedian?

ARMANDO Tienes razón.

MARGARITA Pues no dudes de mí un momento y confía en mis palabras.

ARMANDO ¡Oh Margarita! perdón.

MARGARITA Te perdono, pero no reincidas.

ARMANDO No reincidiré, y te dejo. Hasta mañana.

MARGARITA Ven mañana al mediodía y almorzaremos juntos.

ARMANDO Hasta mañana, pues. Oyeme, júrame antes de marchar...

MARGARITA ¿Qué?

ARMANDO Que no aguardas a nadie.

MARGARITA ¿Volvemos a las andadas? Te juro que son tuyos mi corazón y mi vida y que ni he amado ni amaré jamás a nadie más que a ti.

ARMANDO Adiós, hasta mañana, Margarita.

MARGARITA Adiós, no eres otra cosa que un chiquillo.

(Vase Armando.)

ESCENA IV

MARGARITA

MARGARITA ¡Quién había de decirme que este hombre, con sólo cuatro días de conocerle, se haría el dueño absoluto de mi corazón y sin el cual no comprendo la vida! ¿Dónde me llevas, loco amor? no sé, en sus brazos me entrego y que el azar me conduzca como siempre.

ESCENA V

Dichos, NANINE y el CONDE DE GIRAY

NANINE El señor Conde. (Anunciando y se retira.)
MARGARITA Buenas noches, Conde.
CONDE Buenas, querida. ¿Cómo sigue usted esta noche? (Le besa la mano.)
MARGARITA Perfectamente.
CONDE Hace un frío del diablo. He recibido una carta de usted citándome para las diez, y ya ve usted que soy puntual.
MARGARITA Por lo que le doy las gracias. Tenemos que hablar un poco, amigo mío.
CONDE ¿Cenó usted ya?
MARGARITA ¿Por qué?
CONDE Por que podríamos hablar cenando.
MARGARITA ¿Es que tiene usted apetito?
CONDE No siempre se necesita para cenar. He comido en el Club bastante mal.
MARGARITA ¿Estuvo usted allí?
CONDE Hasta ahora.
MARGARITA ¿Qué se hacía?
CONDE Jugar, como siempre.
MARGARITA ¿Estaba Saint-Gaudens? ¿perdía?
CONDE Unos sesenta y cinco luises.
MARGARITA La otra noche cenó aquí con Olimpia y Gastón Rieux. ¿Usted le conoce?

CONDE Sí.
MARGARITA ¿Y Armando Duval?
CONDE ¿Quién es?
MARGARITA Un amigo de Gastón y mío también. Ha poco vino a verme.
CONDE ¿Era un caballero que salió de aquí a poco antes de que yo entrara?
MARGARITA No, hace más rato.
CONDE Al bajar del coche, en la puerta misma, un sujeto ha retrocedido unos pasos, como si quisiera reconocerme y luego se ha alejado.
MARGARITA (¡Habrá sido Armando!) (Llama con el timbre.)
CONDE ¿Necesita usted algo?
MARGARITA He de hacer un encargo a Nanine. (Aparece Nanine y le dice bajo.) Baja a la calle, y disimuladamente examina a ver si Armando está en ella, y sube a decírmelo.
NANINE Al momento. (Vase.)
CONDE Tenemos una novedad.
MARGARITA ¿Cuál?
CONDE Gagouki se casa.
MARGARITA ¿Nuestro príncipe polaco?
CONDE El mismo.
MARGARITA ¿Y con quién?
CONDE Adivínelo.
MARGARITA ¿La conozco?
CONDE Se casa con Adela.
MARGARITA Adela hace un mal negocio.
CONDE Al contrario.
MARGARITA Desengáñese usted, amigo mío, cuando un hombre de mundo se casa con una mujer como Adela, es ella la perjudicada. El príncipe está arruinado, tiene una detestable reputación, y si se casa con Adela, es por las doce o quince mil libras de renta que unos tras otros le habrán proporcionado ustedes. (Aparece Nanine y dice bajo a Margarita.)
NANINE No hay nadie. (Se retira.)
MARGARITA Ahora, querido Conde, hablemos de cosas serias.

CONDE ¿Cosas serias? Yo preferiría hacerlo de otras alegres.
MARGARITA Nos veremos, pues, más tarde si no quiere usted ocuparse de ellas.
CONDE Nada de eso. Ya escucho.
MARGARITA ¿Tiene usted aquí dinero?
CONDE ¿Es que lo necesita ahora?
MARGARITA Quince mil francos.
CONDE ¿Es cantidad justa? ¿Y por qué quince mil francos?
MARGARITA Porque los debo.
CONDE ¿Quiere usted pagar a sus acreedores?
MARGARITA Ellos quieren cobrar.
CONDE ¿Tiene de ello absoluta necesidad?
MARGARITA Absoluta.
CONDE En tal caso, los pagará usted.

ESCENA VI

Dichos, NANINE con una carta

NANINE Señora, han traído esta carta para usted.
MARGARITA (Tomándola.) ¿Quién puede escribirme a tales horas? (La abre y la lee.) «No me conviene seguir desempeñando un papel ridículo al lado de una mujer a la cual adoro. A los pocos momentos de haber salido de su casa, ha entrado en ella el señor Conde de Giray. Yo no tengo el temperamento ni la edad de Saint- Gaudens. Perdóneme, pues, usted el delito de no haber nacido millonario, y olvidémonos de que nos conocimos, creyendo un momento que nuestro amor sería posible. Cuando reciba usted esta carta, habré ya abandonado París. Armando.»
NANINE ¿Contesta la señora?
MARGARITA No, di que está bien. (Vase Nanina.)

ESCENA VII

MARGARITA y CONDE DE GIRAY

MARGARITA (¡Otra ilusión desvanecida!)

CONDE ¿Le ha disgustado a usted el contenido de la carta?

MARGARITA Es una buena noticia para usted, querido amigo.

CONDE ¿Cómo?

MARGARITA Gana usted con ella quince mil francos. Pues ya no los necesito.

CONDE ¿Es que sus acreedores renuncian a sus créditos? Es mucha generosidad.

MARGARITA No; es que estaba enamorada, amigo mío.

CONDE ¿Usted?

MARGARITA Yo misma.

CONDE ¡Y de quién, Dios mío!

MARGARITA De quien no lo merece, de un hombre sin fortuna, pero en cuyo amor creí.

CONDE ¿Para que reemplazara el que falta en los demás?

MARGARITA Y vea usted lo que acaba de escribirme. (Le dá la carta.)

CONDE (Leyendo.) «Querida Margarita,» (mirando la firma.) Calle y ¿es el señor Duval el que está celoso? Se comprende. ¡Tiene gracia! (Le devuelve la carta.)

MARGARITA (Llamando al timbre y tirando la carta encima la mesa.) ¿No hace mucho me invitaba usted a cenar, no es cierto?

CONDE Y sigo invitándola. Por mucho que coma no llegará a quince mil francos, y eso siempre representa una economía para mí.

MARGARITA Entonces, vamos a cenar. Tengo necesidad de que me dé el aire.

CONDE Realmente, está usted algo agitada, querida.

MARGARITA No es nada. (A Nanine, que aparece.) Dame un chal, un sombrero.

NANINE ¿Cuál?

MARGARITA El sombrero que quieras y un chal ligero. (Al Conde.) Amigo mío, a nosotras hay que tomarnos cual somos.
CONDE Estoy acostumbrado a esos y peores casos.
NANINE (Dándole el chal.) La señorita tendrá frío.
MARGARITA No.
NANINE ¿Debo aguardarla?
MARGARITA No, vete a dormir, retiraré tarde tal vez. ¿Viene usted, Conde? (Se abriga nerviosamente y desaparece del brazo del Conde.)

ESCENA VIII

NANINE, luego PRUDENCIA

NANINE ¿Que le pasará? Parece que lo que la ha disgustado ha sido la carta del señorito Armando. ¿Qué debía decirle?... ¡Ah! aquí está. A ver. (La lee.) Vaya con el tal señorito. Poco ha durado su ministerio. Valiente tonto. ¡Pero qué hombres! ¡qué hombres!
PRUDENCIA Oye, Nanine, ¿dónde diablos ha ido Margarita a tales horas?
NANINE Creo que a cenar con el Conde.
PRUDENCIA Oyeme, ¿sabes si ha recibido una carta de Armando?
NANINE Creo que sí. ¿Pero cómo no está usted ya en cama a tales horas?
PRUDENCIA Te diré, ya lo estaba, y había conciliado el sueño cuando me despertó un fuerte campanillazo dado en mi puerta; y era...

ESCENA IX

Dichos y MARGARITA

NANINE Calle, que la señorita ha vuelto de nuevo.
MARGARITA Nanine, dame el abrigo de pieles, pues siento frío. Calle, ¿usted aquí, Prudencia?

PRUDENCIA Sí, yo misma, y me alegro que haya vueltd a subir, pues he de hablarla.
MARGARITA ¿A mí?
PRUDENCIA Sí. (Haciendo seña de que haga retirar a Nanine.)
MARGARITA Retírese, Nanine, ya la llamaré. (Vase Nanine.)

ESCENA X

MARGARITA y PRUDENCIA

MARGARITA ¿Qué ocurre?
PRUDENCIA Pues que tengo a Armando en mi casa.
MARGARITA ¿Y qué?
PRUDENCIA ¿Como qué?
MARGARITA Nada me importa.
PRUDENCIA Es que desea hablarla.
MARGARITA Dígale usted que no estoy dispuesta a recibirle y además que me aguardan.
PRUDENCIA ¡Ya me guardaré de decir tal cosa! Sería capaz de hacer una barbaridad con el pobre Conde. No le conoce usted bien.
MARGARITA Acabemos, ¿qué quiere?
PRUDENCIA ¿Qué quiere? Pues yo que sé; tal vez no lo sabe tampoco él a punto fijo. Pues cualquiera es capaz de saber lo que quiere un enamorado.
MARGARITA Armando va a ser mi desgracia.
PRUDENCIA Ah, pues si lo creee usted así, no le vea.
MARGARITA Bueno, pero ¿que le ha dicho a usted?
PRUDENCIA Eso que se lo diga él mismo. Si usted quiere, voy por él. Pero y ¿el Conde que la está a usted aguardando?
MARGARITA Que se aguarde un poco más.
PRUDENCIA Eso es una crueldad. Mejor será despedirle.
MARGARITA Sí, tiene usted razón. Nanine, vaya usted a decirle al señor Conde, que me perdone, pero que una repentina indisposición me impide reunirme con él. Que voy a acostarme en seguida.

NANINE Está bien. (Vase.)

PRUDENCIA (En la ventana.) Venga usted, Armando. Yo me marcho.

MARGARITA No, quédese conmigo.

PRUDENCIA ¡Ca! Lo mejor es que me vaya desde ahora; también tendría que hacerlo cuando estorbara. Adiós, y buenas noches. (Vase.) (Aparece Nanine.)

MARGARITA ¿Qué ha dicho el Conde?

NANINE Ni una palabra y se ha marchado.

ESCENA XI

MARGARITA, ARMANDO y luego NANINE

ARMANDO ¡Margarita!...

MARGARITA ¿Qué se le ofrece a usted? Sepamos.

ARMANDO Que me perdone.

MARGARITA No lo merece usted. Admito sus celos, admito que me escriba usted una carta en la que demuestre su enfado, pero no de un modo irónico e impertinente. Me ha hecho usted mucho daño.

ARMANDO ¿Y usted, Margarita, acaso no me lo hizo también?

MARGARITA Pude hacérselo, pero a pesar mío.

ARMANDO Al estar en la calle, y ver que en la puerta se detenía el carruaje del Conde, creí que por él me había usted alejado, y el coraje y los celos cegaron mis ojos y quemaron mi mano al escribirle a usted. Pero al enterarme de que me dejaba sin contestación, no supe avenirme a que considerara en un momento olvidado mi cariño, y de que no pudiera ya hablarla jamás. Margarita, es verdad que nuestro amor sólo cuenta unos días, pero reflexione que hace dos años que en silencio la adoro a usted.

MARGARITA Todo eso será cierto, pero permítame que

le diga que lo mejor que puede hacer es lo que expresa en su carta.

ARMANDO ¿Y que es?

MARGARITA Procurar olvidarme.

ARMANDO No puedo.

MARGARITA Pues debe usted poner los medios como dice. La situación en que me hallo, no permite tampoco otra cosa.

ARMANDO Diga usted que no me ha amado jamás.

MARGARITA Se engaña. Le he amado a usted más de lo que puede imaginar.

ARMANDO ¿Por qué recibía, pues, al Conde, si me amaba como dice?

MARGARITA ¿Es qué no me conocía usted antes de tratarme?

ARMANDO Mal se aviene con lo que usted me proponía de pasar conmigo una temporada en el campo, lejos del mundo en que vive.

MARGARITA Es cierto. El reposo y la tranquilidad convienen a mi salud, y por eso había imaginado un verano de paz y de amor a su lado, pasado el cual, nos hubiéramos despedido como buenos amigos, quedando en los dos un dulce recuerdo. Usted no lo ha querido. Suya es la culpa. Es inútil ya que hablemos de ello.

ARMANDO ¿Qué no hablemos de ello has dicho? ¿Qué renuncie a ello? ¡Tú no sabes que eres toda mi vida! ¡mi única esperanza!

MARGARITA Por eso debes procurar alejarte de mi lado.

ARMANDO Yo sólo concibo la vida junto a ti.

MARGARITA Lo que tú no concibes es la realidad; lo que tú prescindes es de quién soy yo y quién eres tú. También yo lo confieso, me dejé arrebatar por un momento por los impulsos de mi corazón, que en mal hora, y por primera vez en mi vida, le presté oídos. Algunas veces, hastiada de la vida que llevo, he imaginado otra mejor, lejos del torbellino que la envuelve. ¡Créeme; algunas veces, al sonreir mis labios llora mi corazón! ¡Cuán ciegas están las

que nos envidian, al vernos rodeadas de adoradores y deslumbrando por nuestro lujo! Los hombres que por nosotras se arruinan, no lo hacen más que para satisfacer su necia vanidad, su orgullo; ni uno solo se acerca a nosotras por el cariño que podemos inspirarles. Algunas veces acaricié la idea de un hombre que llenara el vacío de mi corazón y que me amara lealmente, sin pedirme cuentas por mi conducta. Sólo en el Duque hallé a medias este afecto. Te presentaste tú, el interés que por mí sentíste durante mi enfermedad sin darte a conocer, tu presencia, el fuego de tu pasión, todo me hizo creer en ti el ideal soñado; creí despertar contigo a los apacibles sueños de mi infancia, viviendo un mundo ideal; pero tus recriminaciones me volvieron a la realidad, y nada ya espero fuera el destino que el azar me ha trazado.

ARMANDO ¿Y crees tú que tus palabras me bastan para renunciar a tu amor? Te engañas, Margarita. Mi cariño hará cumplir estos sueños que crees irrealizables. Sí, Margarita, no hay en el mundo nada capaz de hacerme renunciar a la dicha que nos aguarda. Somos jovenes, nos amamos, nada puede enturbiar el cielo de nuestra felicidad.

MARGARITA ¡Armando! ¡Armando! no me engañes; mira que una violenta emoción podría producirme la muerte. Reflexiona antes quién soy yo y quién eres tú.

ARMANDO Tú eres mi ángel, y contigo sólo puede ser un paraíso la vida.

NANINE Señora.

MARGARITA ¿Qué ocurre?

NANINE Una carta. (Entregándola.)

MARGARITA Dame. Es del Conde.
NANINE Aguarda contestación.
MARGARITA ¿Contestación? Ve a decirle que no hay.
(Vase Nanine.)
ARMANDO ¡Margarita! ¡Amor mío!
MARGARITA ¡Armando! ¡Cielo mío! (Se abrazan.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Sala en la casa de campo de Auteuil. En el foro, chimenea con un espejo encima. Puerta a cada lado. En el foro otra y una ventana, las que dan al jardín.

ESCENA PRIMERA

NANINE con una bandeja con juego de thé. PRUDENCIA y luego ARMANDO

PRUDENCIA ¿Dónde está Margarita?

NANINE Está en el jardín con la señorita Nichette y el señor Gustavo que han venido a pasar el día aquí.

PRUDENCIA Me llego pues allá.

ARMANDO (Que aparece mientras se marcha Nanine.) Prudencia, permítame; que quiero hablarla un momento; hacerle una pregunta. Hace quince días que usted salió de aquí en el coche de Margarita, y ni el coche ni los caballos han vuelto a aparecer.

PRUDENCIA Es que...

ARMANDO Hay más aun. Hace una semana que le prestó a usted un pañuelo de cachemir que tampoco ha vuelto. Ayer mismo, le mandó dos brazaletes con diamantes, encargando los hiciera usted cambiar de forma. ¿Seguirán la suerte del coche y del pañuelo?

PRUDENCIA ¿Usted quiere que yo le hable con franqueza?

ARMANDO Se lo suplico.

PRUDENCIA El coche y los caballos, se los quedó el mismo tratante que se los había vendido con una rebaja en la mitad.

ARMANDO ¿Y el pañuelo?

PRUDENCIA Lo vendí.

ARMANDO ¿Y los brazaletes?

PRUDENCIA Los empeñé esta mañana y vengo a darle la papeleta.

ARMANDO ¿Y por qué no me lo decía usted?

PRUDENCIA Porque Margarita me lo tiene prohibido.

ARMANDO ¿Y por qué no me lo decía usted?

PRUDENCIA Pues porque para vivir, se necesita dinero. Usted se cree, amigo mío, que se vive del aire. Al lado de esa poética vida que llevan ustedes en el campo, hay la realidad que no entiende de poesías. A fin de evitar tales sacrificios, sin que Margarita misma lo sospechara, fuí á ver al señor Duque, pero este señor me dijo rotundamente que mientras Margarita le retenga a usted a su lado, es inútil toda petición, y como Margarita no está dispuesta a desprenderse de la compañía de usted.

ARMANDO ¡Pobre Margarita! ¡es un ángel!

PRUDENCIA Sí, señor, que lo es, y acabará por arruinarse completamente, pues con el fin de saldar con todo el mundo, va a desprenderse de lo poco que le queda. Aquí le traigo la nota de su banquero.

ARMANDO Diga usted, ¿a cuánto asciende lo que debe?

PRUDENCIA Unos treinta mil francos.

ARMANDO Está bien. Dígale a su banquero, que procure lograr tan sólo quince días de plazo de los acreedores y yo lo satisfaré todo.

PRUDENCIA ¿Puede usted disponer de esta cantidad?

ARMANDO Puedo hallarla.

PRUDENCIA Y su padre va a disgustarse si sabe que contrae usted una deuda.

ARMANDO No ha de saberlo. Sospechando lo que su-

cedía, escribí a mi notario que me procure una cantidad con la garantía de los bienes que heredé de mi madre, y hoy he de ir a París a fin de ultimarlo. Evite usted hasta mi vuelta, que Margarita le dé nuevas comisiones que cumplir. No le diga usted una palabra de nada. Aquí viene.

ESCENA II

Dichos, MARGARITA, GUSTAVO y NICHETTE

ARMANDO Prudencia, es usted una calamidad.

MARGARITA ¿Qué sucede?

ARMANDO Sencillamente, que la encargué pasara a mi casa a fin de recoger la correspondencia que pueda tener en ella, y se olvidó de cumplirlo. Además, como hace un mes que estoy aquí y mi padre ignora el sitio en que me hallo, aprovecharé el día de hoy que tienes en tu compañía a nuestros buenos amigos, para ir y volver hoy mismo a París.

MARGARITA Ve y vuelve; tienes razón, debías haber escrito a tu padre. No es mía la culpa si no lo hiciste. Aquí nos hallarás aguardándote.

ARMANDO Poco tardaré en volver. Adiós, Nichette; hasta la vista, Gustavo.

NIC. Y GUS. Hasta la vuelta.

ARMANDO Adiós, Margarita.

MARGARITA Que no tardes. (Le acompaña al foro.)

ARMANDO No temas.

MARGARITA ¿Está todo listo? (A Prudencia.)

PRUDENCIA Sí. Y ahora a ver si me das de almorzar, porque estoy aún en ayunas.

MARGARITA Usted misma, arréglese con Nanine.

ESCENA III

Dichos menos Prudencio y Armando; luego NANINE

MARGARITA Y así vivimos.
NICHETTE ¿Eres dichosa?
MARGARITA Muchísimo.
NICHETTE Cuantas veces te he dicho, Margarita, que la felicidad se encuentra en la quietud y el reposo cuando nos entregamos a los afectos verdaderos del corazón. Muchas veces lo hemos repetido con Gustavo. El día que Margarita ame de veras, preferirá una vida tranquila a la que lleva.
MARGARITA Y así ha sucedido; no parece otra cosa sino que el cielo ha permitido que se cumplieran vuestros deseos. Soy feliz como vosotros.
NICHETTE Nosotros lo somos aunque no vivimos con tu esplendidez. Nuestras habitaciones son humildes, pero alegres. Las ventanas dan a un jardín cuyos dueños nunca pasean por él. Parece imposible que haya quien tenga jardín y no lo disfrute.
GUSTAVO Representamos un idilio de Goethe con música de Schubert.
NICHETTE Yo estoy bien así, búrlate cuanto te parezca. Ahora se le ha metido en la cabeza que hemos de cambiar de domicilio.
GUSTAVO Naturalmente, por uno que no tenga tanta proximidad con las nubes.
NICHETTE Prefiero próximo a las nubes que cercano al barro de la calle.
MARGARITA Me gusta oiros disputar así.
NICHETTE Claro, como que tiene ciento cincuenta mil francos de renta, pondremos coche.
GUSTAVO Quien sabe si lo pondremos al fin.
NICHETTE Será cuando hagas las paces con tu tío, que no puede verme, porque soy pobre, y él te destinaba tal vez para una rica heredera.
GUSTAVO Ya se irá humanizando. Desde que me licencié ya no me mira con tan malos ojos.

NICHETTE Me había olvidado de decírtelo, Margarita. Gustavo ya es abogado.

GUSTAVO Y he defendido ya a un acusado.

MARGARITA ¿Salió absuelto?

GUSTAVO A medias.

MARGARITA ¿Cómo a medias?

GUSTAVO Salió condenado a diez años de presidio, pero la verdad es que se merecía veinte por lo menos.

NICHETTE Así es que pronto nos casaremos. ¿Y tú, por qué no te casas?

MARGARITA Eso no es posible. Yo no tengo derecho a ser la esposa de Armando. Puedo poseer su corazón, pero no su nombre. No dudo que lo haría si se lo pidiera, pero le quiero demasiado para consentir tal sacrificio. ¿Verdad, Gustavo, que estoy en lo cierto?

GUSTAVO Reconozco que tiene usted muy buen criterio.

MARGARITA Para ello, sería preciso borrar mi pasado y esto no es posible.

GUSTAVO Es usted un ángel, Margarita.

MARGARITA Sencillamente, Dios me permite distinguir el bien del mal y apreciar las cosas como se debe.

NICHETTE En fin, si eres dichosa, ya nada más puedo pedir.

MARGARITA Eso sí; soy completamente feliz, y su amor me ha convertido en otra mujer. Ya no me hastío como antes, al contrario; la vida tiene para mí todos los atractivos. Vivo por él y para él, dedicándole el menor de mis pensamientos. Yo, acostumbrada a despreciar los riquísimos ramilletes de costosas flores, me contento hoy con los sencillos ramos de flores silvestres que él msimo me recoge en nuestros paseos, y las guardo como valiosas joyas.

NICHETTE Y lo comprendo.

MARGARITA No hace mucho me decías que era muy modesta vuestra vivienda, y que contrastaba con el lujo en que yo vivía. Quién sabe si

cuando volvamos a vernos de nuevo, no hallarás entre la tuya y la mía tan notable diferencia.

NICHETTE ¿Y por qué?

MARGARITA Armando me entrega íntegras las rentas que sus bienes le producen, y para no molestarle su dignidad las acepto, pero las guardo íntegras también sin que él lo imagine. Como mis recursos son muy limitados para atender a todo y saldar con mis acreedores, sin que él pueda enterarse, me voy desprendiendo de todo lo supérfluo. Una vez lo haya realizado todo, alquilaré una modesta habitación, y volveré a trabajar en mi oficio de modista.

NICHETTE Y yo te lo apruebo. (Aparece Nanine.)

NANINE Señora, ha llegado un caballero que desea hablar con usted.

NICHETTE Por nosotros no hagas aguardarle. Daremos otro paseo por el jardín.

MARGARITA Bueno, como os parezca.

NICHETTE Vamos, Gustavo. Hasta luego.

MARGARITA Dile que pase.

ESCENA IV

MARGARITA y el señor DUVAL

DUVAL La señorita Margarita Gautier.

MARGARITA Yo soy, caballero; le agradeceré me diga ¿a quien tengo el honor de hablar?

DUVAL Al señor Duval.

MARGARITA ¡El señor Duval!

DUVAL Sí, señorita, el padre de Armando.

MARGARITA Caballero, siento decir a usted que su hijo no está aquí.

DUVAL Lo sabía. Es con usted con quien deseo hablar, y le suplico que me escuche. Mi hijo, señorita, está comprometiendo su fortuna por usted.

MARGARITA Caballero, usted se engaña, pues yo nada acepto ni gasto de lo suyo.

DUVAL En tal caso, mi hijo comete la indignidad de gastar con usted, lo que usted recibe de los demás.

MARGARITA Caballero, le advierto que está usted en mi casa y que no le reconozco el derecho de venirme a insultar en ella. Así es que como no modere usted el tono con que se permite hablarme, le suplico me permita que me retire.

DUVAL En verdad, no sé si la distinción que usted me demuestra en sus palabras es propia en usted o si es un artificioso modo de que usted se vale, para tratar con los que a usted se acercan. ¡Sabía de antemano que era usted una mujer peligrosa!

MARGARITA ¿Peligrosa? Dice usted bien, sí; peligrosa para conmigo misma.

DUVAL Será así, pero repito que Armando camina a la ruina.

MARGARITA Y yo repito que nada acepto de él.

DUVAL En tal caso, usted me dirá qué significa la carta que ha dirigido a su notario, encargándole que hipoteque o venda lo que heredó de su madre.

MARGARITA Juro a usted que ignoro cuanto me dice, y que estoy dispuesta a no consentirlo.

DUVAL No siempre debe usted haber pensado igual.

MARGARITA Es cierto, cuando para nada interesaba el corazón.

DUVAL ¿Y para mi hijo lo siente usted interesado?

MARGARITA Con la nobleza que pudiera sentirlo la más honrada mujer que se arrepiente de su pasado.

DUVAL La experiencia me ha demostrado, que a los hechos y no a las palabras debemos atenernos...

MARGARITA Caballero, yo le suplico que me escuche usted. Podrán mis palabras no significar nada para usted, pero le juro por la san-

la memoria de mi madre, que ignoro cuanto acaba de notificarme.

DUVAL Pues si es cierto cuanto me dice, ¿cómo atiende a sus cuantiosos gastos y a la esplendidez con que vive?

MARGARITA Me obliga usted a hacer declaraciones que no quería asomaran a mis labios, pero se trata del padre de Armando y no debo callar. Desde que conocí a su hijo, abandoné todas mis antiguas amistades, y estoy vendiendo y empeñando todo aquello que constituyen objetos de lujo. Al anunciarme su visita, creí se trataba de un negociante a quien aguardo para venderle mis cuadros y demás objetos de arte. ¿Es qué no le he convencido? Pues bien, ya puede usted suponer que no sospechando esta entrevista no podía estar preparada para ella. Hágame el favor de leer este inventario de cuanto poseo. (Se lo entrega.) Y esta carta de mi banquero, en la cual se estipulan los tratos para saldar con todos mis acreeedores.

DUVAL (Leyéndola.) Es verdad, lo confieso. ¿Me habré engañado tal vez?

MARGARITA Tal vez han sido otros los que le han engañado a usted. He sido una loca; lo confieso; mi pasado, no pretendo negarlo, con la sangre de mis venas lo borraría si pudiera. Mi arrepentimiento es completo. Armando me ha transformado. Su amor es mi vida. ¡Es tan bueno! Usted que es su padre debe serlo también como él. Yo le respeto a usted, le quiero también, porque no puedo hacer otra cosa con el padre de mi Armando.

DUVAL (Se descubre la cabeza.) Perdone usted, señora; confieso que no sospechaba la nobleza de sentimientos que demuestran sus palabras. La juzgué a usted injustamente y no fuí correcto al presentarme ante usted.

MARGARITA Caballero, yo agradezco el concepto que nuevamente le merezco.

DUVAL Ya que me demuestra usted tal amor por mi hijo, me permitirá le pida a usted la mayor prueba que pueda imaginarse.

MARGARITA No sé por qué me hacen temblar sus palabras. ¡Era demasiado feliz!

DUVAL Señorita, hablemos como dos buenos amigos que se interesan por la suerte de una misma persona, que sólo desean su dicha y su tranquilidad. Posee usted un alma generosa, y comprenderá que en mis palabras no hay otra cosa que el cariño que un padre debe sentir por sus hijos. Armando tiene una hermana, pura como un ángel, está próxima a casarse con un joven que la adora. La familia de mi futuro yerno, retira su palabra de casamiento si Armando no abandona las relaciones que mantiene con usted. La sociedad tiene a veces terribles exigencias; yo, la verdad, la admiro a usted y la respeto, ha ganado usted todos sus derechos a mi consideración, pero desgraciadamente esto no basta.

MARGARITA No basta, es cierto..

DUVAL Yo, en nombre del amor que usted profesa a Armando, le pido un sacrificio por la felicidad de su hermana.

MARGARITA ¿Cómo es posible que yo no me interese por sus ruegos, cuando usted me dignifica con ellos? ¿Cómo oponerme? No es justo que su inocente hija sacrifique su dicha por mi causa. Yo haré que Armando se aleje de mi lado por algún tiempo, y cuando su hermana esté ya casada, podrá volver a mi lado. Una sola cosa le pido y es que durante este tiempo, no impida usted al menos escribirnos.

DUVAL Yo le agradezco cuanto acaba de proponerme, pero es otro mi deseo.

MARGARITA ¿Qué puede usted exigirme más?

DUVAL Hija mía, siento decirle que una momentánea separación no basta.

MARGARITA ¿No basta?

DUVAL Sería un engaño hecho a la familia del que va a ser el esposo de mi hija.

MARGARITA ¿Pretende usted que abandone a Armando para siempre?

DUVAL Es forzoso.

MARGARITA ¡Ah, no! ¡eso no es posible, eso es querer mi muerte!

DUVAL Calma, no exageremos las situaciones. No se me oculta el sacrificio que le pido. Pero usted es joven, el mundo le sonríe aún y quien le asegura que será su amor eterno. Acaso el amor que hoy siente usted por Armando, no puede sentirlo por otro el día de mañana. Repase usted su accidentada vida y dígame si no pudiera muy bien suceder.

MARGARITA ¡Ah, no! Armando es el único hombre a quien he querido. Jamás mi corazón había latido por nadie.

DUVAL Quiero creerlo así, pero lo que en usted no suceda, puede acontecer en él. El corazón humano es voluble. Los cariños se suceden unos a otros, sin que nos demos cuenta de ello. Escúcheme usted, hija mía, y fíjese en mis palabras, que son las de un anciano que ningún rencor le guía hacia usted.

MARGARITA La escucho, hable usted.

DUVAL Supongamos que lo sacrifica usted todo al amor de mi hijo, y que éste, al ver su noble abnegación, no le abandona. Pero tal unión no tiene ni la virtud por origen, ni la religión por apoyo, ni la familia por resultado. ¿Qué consideración ni respeto merecerá a la gente honrada? Mientras en usted viva con toda su vehemencia el amor, sabrán prescindir del mundo que les rodea y en poco tendrán a los que de ustedes se consideren distanciados. Pero cuando los

años con su inexorable frialdad hagan aparecer en sus semblantes las primeras arrugas, y la vejez exija en ustedes el apoyo de esta sociedad de la cual se han divorciado, les cerrará sus puertas; entonces, deshecho el encanto, mi propio hijo, dirigirá a usted sus acusaciones, por considerarla la causa del desvío con que se verá tratado, porque ya desaparecido en ustedes todo el encanto de la juventud que hoy día les inspira su amor, la triste realidad, con su fría razón, se interpondrá entre los dos, haciéndoles insoportable la vida.

MARGARITA ¡Oh, la realidad!

DUVAL La vejez de ustedes será desierta; un erial donde ni una flor siquiera perfumará los últimos días de su existencia. Ya ve, pues, usted, señorita, cuán efímera, cuán pasajera es esta felicidad que yo le pido sacrifique, en bien del sér a quien usted cree amar tanto, y en bien de usted misma.

MARGARITA Por favor, por piedad; es horrible cuanto usted acaba de decirme. Está sociedad, de la cual sus escrúpulos me separan, ¿no tiene para mí más que el desprecio, cuando yo pretendo redimirme acercándome a ella? ¡Ni un hombre sólo consentirá en unir su destino al mío, no podrá darme nadie el nombre de madre sin avergonzarse! Es cierto; cuanto usted acaba de decirme, es la triste realidad. Me habla usted en nombre de sus hijos, y yo no tengo fuerza para resistirme al ruego del padre amoroso. Está bien, obedeceré, pero algún día, dirá usted a uno y a otro, que les he sacrificado lo que considero mi felicidad, que por la suya renuncié a todo, a mis esperanzas, a los más acendrados afectos de mi corazón, a cuanto constituye hoy mi vida entera. Tal vez entonces Dios perdone también mi pasado, y me absuelva por mis extravíos.

DUVAL ¡Pobre mujer! (Enjugándose una lágrima.)

MARGARITA Usted me compadece y llora, sus lágrimas me redimen y me fortalecen. Disponga de mí.

DUVAL Es preciso que diga usted a mi hijo que no le quiere.

MARGARITA No me creerá.

DUVAL Entonces, aléjese usted de su lado.

MARGARITA Me seguirá donde vaya.

DUVAL Entonces...

MARGARITA Una palabra no más. ¿Cree usted en el amor desinteresado que me inspira su hijo?

DUVAL Sí, lo creo.

MARGARITA ¿Cree usted que en este amor he fundado toda mi vida, toda mi esperanza?

DUVAL Lo creo también.

MARGARITA Entonces, sólo le pido que deposite en mi frente un beso paternal, y yo juro a usted que por mis labios jamás Armando vendrá en conocimiento de esta escena, y que dentro ocho días le habré restituído a su familia.

DUVAL Tiene usted un noble corazón, Margarita; pero temo...

MARGARITA Nada debe usted temer, yo le aseguro que me odiará antes de poco. (Llama y aparece Nanine.)

NANINE ¿Llamaba usted?

MARGARITA Sí, di a Prudencia que venga. (Vase Nanine.) ¡Un último favor!

DUVAL Hable usted.

MARGARITA Dentro algunas horas Armando recibirá el mayor disgusto de su vida, por lo tanto necesita a su lado un corazón que le comprenda. Yo le ruego que no se separe de él. Y ahora, separémonos ya. El puede regresar de un momento a otro, y si le hallara aquí, todo se habría perdido.

DUVAL ¿Cómo pagar el inmenso bien que me está usted haciendo?

MARGARITA Contándole toda la verdad así que haya yo

cerrado los ojos para siempre. Cuando menos, que no maldiga mi recuerdo.

DUVAL ¡Oh, Margarita!

MARGARITA Alguien se acerca. Ya no nos veremos jamás. Un beso. Adiós, caballero.

DUVAL ¡Oh, sí! con el alma entera. (Le besa.) Adiós, Margarita. Es usted un ángel. (Vase.)

ESCENA V

MARGARITA, luego PRUDENCIA

MARGARITA ¡Dios mío! Concédeme todo el valor que necesito. (Pónese a escribir.)
cesito. (Pónese a escribir.)

PRUDENCIA ¿Se le ofrece a usted algo, Margarita?

MARGARITA Sí, he de hacerle un encargo.

PRUDENCIA Usted dirá.

MARGARITA Aquí tiene usted esta carta.

PRUDENCIA ¿Para quién?

MARGARITA Lea el sobre. Ni una palabra más. Márchese al momento. (Vase Prudencia.)

ESCENA VI

MARGARITA y ARMANDO

MARGARITA Echada está ya la suerte. Qué voy a decirle. Me siento enloquecer. Lo que he ofrecido es superior a mis fuerzas.

ARMANDO Ya estoy de vuelta, Margarita. ¿Qué sucede? Te hallo pálida. También estoy algo preocupado.

MARGARITA ¿Qué sucede?

ARMANDO Mi padre regresó a París.

MARGARITA ¿Le viste?

ARMANDO No me ha sido posible, pero me consta que está decidido a presentarse aquí mismo con el fin de arrancarme de tu lado, pero será inútil; yo no te abandonaré jamás.

MARGARITA En tal caso, te dejo solo. Mejor será que le recibas tú y le hables; yo después me arrojaré a sus plantas y tal vez consiga su perdón.

ARMANDO Margarita, tú me ocultas algo grave. ¿Qué sucede?

MARGARITA Nada, no me preguntes nada, ya lo sabrás si acaso, y es la mayor prueba de amor que puedo darte.

ARMANDO Ya entiendo, Prudencia me enteró de todo, y por eso precisamente he realizado el viaje a París.

MARGARITA Mejor; si ya lo sabes, nada tengo que añadirte. Déjame ahora que me reuna en el jardín con nuestros amigos. ¿Me querrás siempre, verdad?

ARMANDO ¿Puedes dudarlo acaso?

MARGARITA ¿Verdad que jamás abominarás de mí?

ARMANDO Vaya una pregunta. Pero ¿qué sucede?

MARGARITA Nada, ya lo dije. Adiós, adiós, Armando mío! (Le abraza fuertemente.)

ARMANDO Hasta luego.

MARGARITA Adiós, adiós. (Adiós para siempre!) (Vase precipitadamente.)

ESCENA VII

ARMANDO, luego NANINE

ARMANDO ¡Cuánto me quiere! ¡pobre Margarita! Comprendo sus temores. Se figura que mi padre me convencerá y que voy a abandonarla. ¡Oh, no! eso jamás. (Llama y aparece Nanine.)

NANINE ¿Llamaba usted?

ARMANDO Sí, si acaso llegara un caballero que desea verme, hágalo pasar inmediatamente.

NANINE Está bien. (Vase.)

ARMANDO Ya haré comprender a mi padre la diferencia que va de Margarita a otras mujeres. ¡Cuántas que blasonan de honradez

y a quienes la sociedad respeta, valen mucho menos que ella! De regreso a París, cambiaremos por completo nuestras costumbres. Olimpia me invitó para un baile que dará en su casa terminado el verano. Inútilmente aguardará nuestra presencia. Viviremos alejados del mundo y solamente el uno para el otro. (Nanine entra con una luz.) ¡Cómo tardan en pasar los instantes cuando no está cerca de mí! Nanine, di a la señorita que es muy tarde para pasear por el jardín.

NANINE La señorita ha salido.

ARMANDO ¿Qué ha salido?

NANINE Sí, dijo que no tardaría.

ARMANDO ¿Prudencia fué con ella?

NANINE No, señor.

ARMANDO Está bien. Puede retirarse. Sin duda ha marchado a París a fin de ultimar el arreglo con sus acreedores, sin saber que he ido yo a lo mismo. (Mirando por la ventana.) ¿Quién viene por el jardín a tales horas? No sé porque se ha apoderado de mí un vago temor.

ESCENA VIII

ARMANDO y un MANDADERO, con una carta

MANDADE. ¿El señor Armando Duval?

ARMANDO Soy yo.

MANDADE. Una carta para usted.

ARMANDO ¿Quién se la dió?

MANDADE. Una señora.

ARMANDO ¿Y cómo penetró usted hasta aquí?

MANDADE. La verja estaba abierta, nadie me impidió el paso, y como vi que había luz en esta habitación...

ARMANDO Está bien, puede retirarse. (Vase el Mandadero.)

ESCENA IX

ARMANDO y luego el señor DUVAL

ARMANDO (Abre la carta.) ¡Carta de Margarita! ¡Tiemblo a pesar mío! ¿Qué podrá decirme? ¡Me mata la incertidumbre! ¿Por qué vacilo? (Abre la carta y lee.) «Armando mío: cuando recibas esta carta...» (Acaba de leerla en voz baja.) ¡Ah! ¡Infame!... ¡Me engañó vilmente! (En este momento aparece Duval por el foro y se echa en sus brazos.) ¡Oh, padre! ¡Padre mío!

CUADRO

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Salón lujoso y elegante en casa de Olimpia. Oyese una orquesta. Mucho movimiento. Espléndida iluminación.

ESCENA PRIMERA

GASTÓN, el DOCTOR, PRUDENCIA, GAUDENS y luego OLIMPIA

GASTÓN (Tallando en una mesa.) ¿Se juega, señores?

DOCTOR ¿Cuánto hay de banca?

GASTÓN Cien luises.

DOCTOR Diez a la derecha.

PRUDENCIA Yo pongo dos luises.

OLIMPIA ¿Se juega aún? (A Gaudens.) Dame veinte luises.

GAUDENS Toma, a ver si tienes mejor suerte que yo.

DOCTOR Y que yo.

GAUDENS Doctor, celebro verle a usted.

DOCTOR ¿Y eso?

GAUDENS Sí, ha unos días siento unos vahidos en la cabeza.

OLIMPIA Son aprensiones. Gaudens siempre cree sentir algo en la cabeza.

GASTÓN Sí, desde la historia del fiacre amarillo.

PRUDENCIA Aun hay quien se acuerda de ello.

GAUDENS Y a propósito; me han dicho que Margarita se hallaba nuevamente entre nosotros.

OLIMPIA Y que me ha prometido asistir a la fiesta.

GASTÓN ¿Y Armando?

PRUDENCIA Ignoro si está en París. Se separaron hace ya más de un mes.

GASTÓN ¿Y por qué?

GAUDENS Ella debió abandonarle.

PRUDENCIA Al fin y al cabo vale más que les abandonen ellas, antes que ellos hagan lo mis-

mo. Pero ¿jugamos o no?

GASTÓN Si va usted a creer que me tomaré el trabajo por sus apuestas.

GAUDENS ¿De modo que se terminó la banca?

GASTÓN ¡Naturalmente!

PRUDENCIA ¿Qué veo? ¡Armando aquí!

ESCENA II

Dichos y ARMANDO

GASTÓN No hace mucho hablábamos de ti.

PRUDENCIA Le creíamos aún en Tours, con su familia.

GASTÓN ¿Cuándo llegaste?

ARMANDO Hace pocas horas.

PRUDENCIA ¿Y qué hay de nuevo?

ARMANDO Absolutamente nada. Como usted no me cuente algo.

PRUDENCIA ¿Ha visto a Margarita?

ARMANDO No.

PRUDENCIA Pues vendrá.

ARMANDO Entonces la veré.

PRUDENCIA ¿De qué modo lo dice usted?

ARMANDO ¿Cómo quiere usted que se lo diga?

PRUDENCIA ¿Es que dura aún la herida?

ARMANDO Está cicatrizada.

PRUDENCIA ¿De modo que no se acuerda ya de ella?

ARMANDO Decir eso en absoluto sería mentir.

PRUDENCIA Es que Margarita le quería a usted mucho.

ARMANDO Sí, mucho.

GAUDENS Señores, yo tallo. (Vanse a la mesa.)

PRUDENCIA Como que se encontraba perseguida por sus acreedores. Pero ya lo pagó todo. Y a propósito; tengo en mi casa algunos objetos de su pertenencia, puede usted mandar por ellos.

ARMANDO No los necesito.

PRUDENCIA No falta más que una cartera con sus iniciales que ella quiso guardarse como recuerdo.

ARMANDO Bueno, que se la guarde.

PRUDENCIA Está desconocida; parece que no intenta

otra cosa que aturdirse. No hace muchos días, después de una cena, tuvo que guardar cama tres días, y apenas levantada, y sin permiso del médico, concurrió a otra fiesta. Se está suicidando. ¿No irá usted a verla?

ARMANDO Quiero evitar con ella toda explicación. Todo ha concluído entre ella y yo.

PRUDENCIA Celebro hallarle razonable. Con permiso de usted voy a probar fortuna.

ARMANDO Yo he de hablarle a un amigo también. (Prudencia vase a la mesa de juego.)

PRUDENCIA Pongo dos luises.

ESCENA III

Dichos y GUSTAVO

ARMANDO (A Gustavo, que aparece.) Oye, Gustavo; ¿recibiste mi carta?

GUSTAVO Por ella vine. Ya sabes que no concurro a estas fiestas.

ARMANDO Siento haberte causado una molestia con ello.

GUSTAVO Ninguna, ya lo sabes, siendo cosa tuya.

ARMANDO ¿Has vuelto a ver a Margarita?

GUSTAVO No.

ARMANDO De modo que tú no sabes nada.

GUSTAVO En absoluto.

ARMANDO Tú crees que Margarita me amaba, ¿no es cierto?

GUSTAVO Y sigo creyéndolo.

ARMANDO Pues bien; lee. (Le da una carta.)

GUSTAVO ¿Y es de Margarita esta carta?

ARMANDO Sí, de ella.

GUSTAVO ¿Cuando te la escribió?

ARMANDO Hace un mes.

GUSTAVO Y tú ¿qué le has contestado?

ARMANDO ¿Qué querías que la contestara? El golpe fué tal, que creí enloquecer. Margarita me engañaba. Estas mujeres no tienen alma. Me dejé conducir por mi padre como un cuerpo inerte, y con él he permanecido

hasta ahora en Tours. Creí poder olvidarla; imposible. No puedo vivir sin ella. He venido aquí, y ella acudirá también, no sé qué va a pasar, pero sea lo que fuere, yo necesito tener a mi lado un amigo y ese serás tú.

GUSTAVO Ya lo sabes. Pero reflexiona, ten calma. Al fin se trata de una mujer, y es una acción muy baja el ofenderla públicamente.

ARMANDO Es verdad. Dicen que tiene un amante, mejor; así sabré con quien entenderme si sale en su defensa. (Aparece un criado.)

CRIADO El señor Varville y la señorita Margarita Gautier.

ARMANDO ¡Ah! ¡Ella!

ESCENA IV

Dichos, VARVILLE y MARGARITA

OLIMPIA Que tarde llegaste.

MARGARITA Ahora hemos salido de la Opera.

PRUDENCIA ¿Sigues bien, Margarita?

MARGARITA Muy bien, gracias.

PRUDENCIA Armando está aquí. (Bajo.)

MARGARITA ¡Armando!

PRUDENCIA Sí, mírale. (En este momento Armando se aproxima a la mesa de juego, Margarita le sonríe tímidamente y él la saluda con frialdad.)

MARGARITA Hice mal en venir.

PRUDENCIA Al contrario. Un día u otro debíais hallaros uno frente de otro. Vale más hoy que mañana.

MARGARITA ¿Habló con usted?

PRUDENCIA Sí.

MARGARITA ¿De mí?

PRUDENCIA Claro.

MARGARITA ¿Qué dijo?

PRUDENCIA Que ya no la quiere a usted, y que tenía usted razón.

MARGARITA Ojalá pensara así, pero no lo creo. Me saludó fríamente, pero una mortal palidez cubre su semblante.

ARTURO Margarita, ¡Armando está aquí!
MARGARITA Ya lo sé.
ARTURO Usted me dijo que ignoraba su presencia en París.
MARGARITA Y lo repito.
ARTURO Y me prometió no hablarle.
MARGARITA Y lo sostengo. Lo que no puedo asegurar es si será él quien me hable.
DOCTOR Buenas noches, Margarita.
MARGARITA Muy buenas, Doctor. ¿Cómo me mira usted?
DOCTOR No es posible lo contrario estando ante usted.
MARGARITA ¿Me halla desmejorada?
DOCTOR Debe usted cuidarse.
MARGARITA ¿Va usted a reñirme como siempre?
DOCTOR La reñiría largamente si no tuviera necesidad de visitar a una enferma a esta hora.
MARGARITA ¿Se marcha usted?
DOCTOR No tardaré mucho.
GUSTAVO (Acercándose a Margarita.) ¡Margarita!...
MARGARITA ¿Usted aquí también, Gustavo? ¿Nichette ha venido también?
GUSTAVO No.
MARGARITA Usted, perdone, Nichette no debe venir aquí. Amela usted mucho, es muy bueno amarse. (Enjugándose una lágrima.)
GUSTAVO ¿Qué le pasa a usted?
MARGARITA Nada. Créame, soy muy desgraciada.
GUSTAVO ¡Si alguien la viera llorar!... Mejor hubiera usted hecho quedándose en casa.
MARGARITA ¿Soy acaso dueña de mí misma ni de mis acciones?
GUSTAVO Si ha de seguir usted mi consejo, váyase cuanto antes.
MARGARITA ¿Por qué razón?
GUSTAVO Está aquí Armando.
MARGARITA Sí, pero él me desprecia y no se acuerda de mí, ¿no es cierto?
GUSTAVO ¡Cómo se engaña usted! lo único que hay que temer es su desesperación. Si Verville llegara a provocarle, no sé lo que sucede-

ría. Créame, diga que se halla usted indispuesta y retírese.

MARGARITA Es verdad, yo no puedo consentir un lance entre Armando y Arturo. Me marcho en seguida.

ARTURO ¿Qué pretendes?

MARGARITA No me siento bien, quiero marcharme.

ARTURO Lo que tú tienes es el despecho porque Armando no te hace ningún caso. Retirarnos ahora sería ponernos en ridículo.

MARGARITA Está bien. Obedezco. (Se sienta.)

OLIMPIA ¿Qué ópera cantaban esta noche?

MARGARITA La Favorita.

OLIMPIA La historia de una mujer que engaña a su amante.

PRUDENCIA Vaya una cosa nueva. Eso no tiene nada de particular.

OLIMPIA Entendámonos, hay amantes de muchas clases.

GAUDENS Amigo Duval, tiene usted una suerte endiablada esta noche.

ARMANDO Para no desmentir el adagio: afortunado en el juego, desgraciado en amores.

GAUDENS Pues muy desgraciado será usted en ellos cuando tanta suerte tiene en el juego.

ARMANDO Es que me propongo hacer una fortuna esta noche, para irme a pasar una temporada en el campo.

OLIMPIA ¿Solo?

ARMANDO No, con cierta persona que ya me acompañó otra vez, abandonándome. Pero ahora no sucederá, pues como seré rico... Porque he observado que mis derrotas amorosas, las debo únicamente a los bienes de fortuna de mi contrario. Es una graciosa historia que merece contarse y en la cual me confieso vencido.

ARTURO Caballero...

MARGARITA (A Arturo.) (Si provoca usted a Armando todo ha concluído entre nosotros).

ARMANDO ¿Decía usted algo?

ARTURO Efectivamente, que quiero contribuir a que

pueda usted realizar sus propósitos, y le ruego una partida.

ARMANDO Que yo acepto.

ARTURO Aquí van cien luises.

ARMANDO Vaya por los cien luises. ¿De qué lado, caballero?

ARTURO Del que usted deje.

ARMANDO Pues a la derecha los míos.

GAUDENS (Jugando.) Nueve a izquierda y cuatro a derecha. Ganó Armando.

ARTURO Doscientos.

GAUDENS Van. Pero tenga usted cuidado con el proverbio.

GASTÓN Seis y ocho. Armando ganó también.

MARGARITA (¡Dios mío! ¡qué pasará!)

ARMANDO ¿Continuamos la partida?

ARTURO Luego, más tarde.

ARMANDO Le concedo a usted la revancha. Se la prometo en un juego que no le desagradará.

OLIMPIA Pero qué suerte tienes.

ARMANDO Veo que me tuteas cuando gano. (Vanse Olimpia y Armando.)

ARTURO ¿Viene usted, Margarita?

MARGARITA Sí, luego; he de hablar con Prudencia.

ARTURO Te advierto que como pasen más de diez minutos vendré por ti.

MARGARITA Está bien, vete ahora.

ESCENA V

PRUDENCIA y MARGARITA

MARGARITA Prudencia, es preciso que vaya usted y diga a Armando que por lo que de más sagrado tenga en esta vida, es preciso que le hable.

PRUDENCIA ¿Y si no quiere?

MARGARITA No se negará, me odia demasiado para que rechace la ocasión de decírmelo. Ve.

ESCENA VI

MARGARITA

MARGARITA Tendré sangre fría. Es preciso no hacer

traición a lo que prometí a su padre, que siga creyendo lo que cree, pero debo evitar una desgracia. No importa que me odie. El está aquí. Valor, corazón mío.

ESCENA VII

MARGARITA y ARMANDO

ARMANDO ¿Es usted, señora, quien me hace llegar hasta aquí?

MARGARITA Sí, Armando, yo que quiero hablarle.

ARMANDO Hable usted, ya le escucho. ¿Es qué pretende disculparse?

MARGARITA No, Armando, no se trata de eso. Al contrario, yo le suplico que no recordemos lo pasado.

ARMANDO Y en ello hará usted bien, pues sería vergonzoso para usted.

MARGARITA No me acuse usted, Armando. Escúcheme sin cólera, sin ira, sin desprecio. Por favor, se lo pido, déme su mano.

ARMANDO Eso no. ¿Es todo cuánto tiene usted que decirme?

MARGARITA ¡Quién había de creer que rechazara usted algún día la mano que le tiendo! Pero no importa, no es eso lo que yo espero de usted en este instante. Lo que le ruego, es que se marche usted, que se retire de la fiesta.

ARMANDO ¿Qué me vaya?

MARGARITA Sí, que vuelva usted al lado de su padre sin perder momento.

ARMANDO ¿Y por qué razón?

MARGARITA Porque Verville puede provocarle a usted y yo no quiero que por mi causa, le suceda a usted lo más mínimo. Quiero ser sola a sufrir.

ARMANDO Lo que usted me propone, es una cobardía. De una mujer como usted, no se puede esperar otra cosa.

MARGARITA Armando, es tal mi sufrimiento desde hace un mes, que el aliento me falta hasta

para quejarme de ellos. Yo se lo suplico por lo que de más sagrado tenga en el mundo, por el amor de su padre, por el cariño de su hermana, por la memoria de su madre, que se aleje de este sitio y que olvide hasta mi nombre si puede usted.

ARMANDO Ya comprendo; usted tiembla por su amante, que representa su fortuna. El cañón de mi pistola podría arruinarla a usted. En efecto, sería para usted una desgracia.

MARGARITA O puede acontecerle a usted, y este es el peligro que quiero evitar.

ARMANDO ¿Y qué le importa a usted lo que pueda acontecerme? Que ha de importarle mi vida a la mujer que me escribió: Olvide usted, porque tengo otro amante. Si no quedó helada la sangre en mis venas en aquel instante, es porque sin duda el cielo ha querido conservarme la vida para tener ocasión de echarle en cara su falsía. ¿A qué se ha creído usted que obedece mi vuelta a París? Sencillamente a matar al hombre que me ha robado cuanto constituía mi dicha. Uno de los dos ha de dejar de existir.

MARGARITA Varville es inocente de todos los cargos que usted le dirige.

ARMANDO Pero usted no reflexiona que basta que sea su amante para que yo le aborrezca de muerte.

MARGARITA A usted más que a nadie le consta que yo no puedo amarle, como no puedo amar a otro hombre.

ARMANDO ¿Por qué se fué, pues, usted con él?

MARGARITA A usted menos que a nadie puedo decirle la razón.

ARMANDO Yo lo haré por usted. Le prefirió, porque es usted una mujer sin corazón ni lealtad. Porque el proyecto formado de vivir modestamente con un hombre que la adora la aterró, porque consideró de menos valía mi amor, que le había sacrificado mi

honra y mi vida entera, al lujo y a la esplendidez a que sus vicios la tienen acostumbrada. No valía, pues, el cariño de este hombre el sacrificio que en usted significaba el renunciar a sus coches, a sus troncos, a sus trajes y a sus valiosas joyas.

MARGARITA Sí, esta soy yo; no importa que usted lo crea así, soy una infame, una mujer que no merece otra cosa que su desprecio. Yo le he engañado miserablemente. Por esta razón hace usted bien en olvidarme, no debe exponer su vida por un sér tan ruin y bajo como yo. Armando, de rodillas te lo suplico si es preciso; márchate de París, y no vuelvas atrás la cabeza.

ARMANDO Te obedeceré con una condición.

MARGARITA ¿Cual?

ARMANDO Que tú me seguirás.

MARGARITA ¡Eso no!

ARMANDO ¿Que no has dicho?

MARGARITA ¡Oh, Dios mío, dame todo el valor que necesito!

ARMANDO (Yendo a la puerta y volviendo.) Oye, Margarita; estoy loco; la fiebre me hace arder la sangre en mis venas. Me encuentro en aquella situación especial en que el hombre se siente capaz de todo. En un instante, creí que era el odio el que me impulsaba hacia ti. Me engañaba, es el amor, ese amor insaciable, inextinguible que hacia ti me guía, el único que impulsa mi corazón. Recuerdos, desprecios, vergüenzas, todo, todo lo olvido y ni rastro queda de ello en mí. Una sola palabra tuya, una sola disculpa, que indique tu arrepentimiento y todo, todo lo olvido. ¿Qué me importa a mí ese hombre? Dime que me quieres aún, y todo te lo perdono. Huiremos de París, iremos hasta el fin del mundo, si es preciso, donde podamos ocultar nuestro cariño y nuestra felicidad.

MARGARITA Mi vida entera daría por una hora de esa

felicidad que me propones, pero esta felicidad no es posible.

ARMANDO ¿Por qué no?

MARGARITA Porque hay entre los dos un abismo infranqueable. Los dos seríamos muy desgraciados. No es posible nuestro amor, olvídame; pues, es preciso; yo he jurado que lo harías.

ARMANDO ¿A quién?

MARGARITA A quien tiene derecho de exigirme tal sacrificio.

ARMANDO ¿No será el señor Verville?

MARGARITA (Haciendo un esfuerzo.) A él, sí.

ARMANDO ¿Pero tú le quieres? Dímelo ,y me marcho al instante.

MARGARITA Pues bien, sí; le quiero. (Armando la arroja al suelo y levanta amenazador sus manos, se dirige a la puerta y al estar en ella, viendo a los invitados en el salón contiguo, se detiene y les llama.)

ARMANDO Señores, un momento, entren ustedes.

MARGARITA ¿Qué va usted a hacer? (Entran todos.)

ARMANDO ¿Ven ustedes esa mujer?

TODOS ¡Margarita!

ARMANDO Sí, Margarita Gautier. ¿Saben ustedes lo que hizo? Pues bien, vendió cuanto poseía para vivir a mi lado, tanto era lo que me amaba. ¿Qué hermoso es esto, verdad? ¿Saben ustedes lo que hice yo en cambio? Una bajeza. Aceptarle el sacrificio sin darle en cambio la menor recompensa por mi parte. Pero luego, me arrepentí aunque tarde de mi conducta, y vine con el único objeto de reparar mi falta. Vosotros sois aquí testigos de que nada ya le debo. (Le arroja un fajo de billetes.)

MARGARITA ¡Ah! (Da un grito y cayendo.)

ARTURO ¡Es usted un miserable! ¡Nos veremos! (Con desprecio a Armando y arrojándole un guante al rostro.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Dormitorio de Margarita. En el fondo la cama. Sillón en segundo término. Chimenea a la derecha. Delante de ella un canapé, en el que está tendido Gastón. La escena está solamente iluminada por una lamparilla. Puerta a la izquierda. Ventana al foro.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, en la cama, y GASTÓN

GASTÓN (Levantándose.) No he podido vencer el sueño. ¿Si Margarita habrá necesitado de mí tal vez? (Acercándose a la cama.) No, duerme. ¿Qué hora debe ser? Las siete. No es día aun. Avivaré el fuego. (Lo hace.)

MARGARITA Nanine, tengo sed.

GASTÓN Voy en seguida.

MARGARITA ¿Tú aquí, Gastón?

GASTÓN Sí, luego sabrá usted la causa. (Dándole agua en un vaso.) ¿Hay bastante azúcar?

MARGARITA Sí.

GASTÓN Me parece que no hago tan mal enfermero.

MARGARITA ¿Y Nanine?

GUSTAVO Duerme. Cuando vine a enterarme del estado de usted, eran algo más de las once y Nanine, estaba rendida por el sueño. En cambio, yo estaba bien desvelado. Y como usted dormía, yo la dije que se fuera a descansar y que haría sus veces. Me tendí en este canapé, cerca la chimenea y he pasado muy bien la noche. Y usted ¿cómo se encuentra?

MARGARITA Bien, querido Gastón. Cuántas molestias por mi causa.

GASTÓN Ninguna. Me parece que quien ha perdido alguna noche bailando, puede perderla en algo más humanitario, como lo es el velar a un enfermo. Tengo algo que decirla.

MARGARITA ¿Qué es ello?

GASTÓN Las enfermedades cuestan dinero.

MARGARITA Qué quiere usted decir.

GASTÓN Que durante su curso se agota todo a veces. Cuando vine anoche, en el salón vi a un alguacil del juzgado, y le puse en la puerta después de pagarle. Pero no basta, aquí falta dinero, no es que tenga mucho, pero me quedan aun veinticinco luises y cuando se terminen, ya veré de proporcionarme otros.

MARGARITA ¡Qué gran corazón! Tú, que nunca fuiste para mí otra cosa que un buen amigo, eres al único a quien tengo a mi lado y te acercas a mi lecho.

GASTÓN Siempre he sido el mismo. ¿Sabe usted lo que vamos a hacer hoy?

MARGARITA No sé.

GASTÓN Me parece que hará un día espléndido. Ha descansado usted ocho horas, descanse algunas más. Hacia mediodía creo que hará un sol magnífico. Pues bien, yo vendré con un coche, y nos iremos los tres a dar un paseo. Así pasará usted luego una buena noche. Yo iré a ver a mi madre, que de seguro debe estar impaciente. Hace quince días que no me ve. Voy allá y vuelvo al momento. ¿Le gusta a usted el plan?

MARGARITA Usted es quien dispone.

GASTÓN Verá usted, verá usted. Entra, Nanine, que Margarita despertó.

ESCENA II

Dichos y NANINE

MARGARITA Pobre Nanine, te hallas fatigada ¿no es cierto?

NANINE Un poquito no más.
MARGARITA Abrid la ventana y que entre la luz del día. Voy a levantarme.
NANINE (Mirando a la calle.) Viene el señor Doctor.
MARGARITA Querido Doctor, su primer visita, es siempre para mí. Gastón, haz el favor, ve a abrirle la puerta. Nanine, ayúdame a levantar.
NANINE ¿Pero por qué quiere levantarse?
MARGARITA Sí, sí, lo quiero.
GASTÓN ¿Tan temprano?
MARGARITA Sí, sí, tan temprano. (Margarita se levanta y no puede apenas sostenerse, se apoya en Nanine, y le acompaña al canapé mientras entra el Doctor, a quien Gustavo va a abrir la puerta, penetrando los dos.)

ESCENA III

Dichos y el DOCTOR

MARGARITA Buenos días, querido Doctor; es usted muy amable en dedicarme su primer visita. Nanine, ¿quieres hacer el favor de enterarte si tengo alguna carta para mí?
DOCTOR A ver el pulso. ¿Cómo se encuentra usted hoy?
MARGARITA Mejor y peor. Mal de cuerpo, pero mucho más tranquila de espíritu. Ayer noche creí morirme. Se apoderó de mí el miedo a la muerte e hice llamar a un sacerdote. El buen señor estuvo conmigo una hora y al marcharse, quedé más tranquila, sus palabras me confortaron, y me dormí luego hasta ahora que he despertado.
DOCTOR Yo espero que los aires primaverales le traerán la salud.
MARGARITA Gracias, Doctor, por la buena intención que envuelven sus palabras. A los médicos les está permitido engañar a los enfermos, ocultándoles la verdad. (A Nanine que entra con dos paquetes.) ¿Qué traes, Nanine?
NANINE Dos regalos. (Dándoselos.)
MARGARITA Es verdad; hoy es día de año nuevo. Aun

hay quien se acuerda de la pobre moribunda. Una sortija de Gaudens; ¡cuánto se lo agradezco! ¡Y una pulsera que el Conde me manda desde Inglaterra! Si me viera el buen señor en tal estado. Y una caja de dulces. Vamos, no son tan olvidadizos los hombres como yo creía. Doctor, ¿no tiene usted una sobrinita?

DOCTOR Sí, la tengo.

MARGARITA Llévese,pues, estos dulces para ella.

NANINE Además, una carta.

MARGARITA ¿Quién me escribirá? Nanine, lleva ese paquete al coche del Doctor. ¿Me permite usted que lea? (Leyendo.) «Mi buena Margarita: He venido a verte más de veinte veces sin haberlo podido conseguir, pero esto no obsta para hacerte partícipe de mi alegría al notificarte que el día primero del año me caso con Gustavo. Espero que tú participarás de mi dicha, y no dejarás de acudir a la ceremonia, que por cierto, será muy sencilla y modesta, a las nueve de la mañana de aquel día, en la capilla de Santa Teresa, en la Magdalena. Te abraza con efusión el corazón dichoso de tu amiga Nichette». Todo el mundo tiene derecho a la felicidad menos yo. ¡Soy ingrata! Doctor, siento frío. Tenga usted la bondad de cerrar la ventana y acercarme el tintero y papel para escribir. (Queda sosteniendo la cabeza con sus manos. El Doctor le aproxima lo que pide.)

NANINE (Acercándose y hablando bajo al Doctor.) ¿Qué le parece a usted, Doctor?

DOCTOR El caso es gravísimo.

MARGARITA (Se figuran que no les oigo.) Doctor; ¿quiere usted hacerme el último servicio de llegarse a la Magdalena y entregar esta carta a mi amiga Nichette, o que se la entreguen después de celebrar la ceremonia? Se lo agradeceré muchísimo y no tarde en volver, a serle posible. (Vase el Doctor.)

ESCENA IV

MARGARITA y NANINE

MARGARITA Nanine, ¿quieres poner un poco en orden todo esto?

NANINE La señora Prudencia ha pedido permiso.

MARGARITA Que pase.

ESCENA V

Dichos y PRUDENCIA

PRUDENCIA Querida Margarita ¿cómo te sientes esta mañana?

MARGARITA Mejor, yo le agradezco su interés.

PRUDENCIA Aleja a Nanine un momento, he de hablarte reservadamente.

MARGARITA Nanine, ve a arreglar el salón. Ya te llamaré si necesito de ti. (Vase Nanine.)

PRUDENCIA Tuviera antes que pedirte un pequeño favor.

MARGARITA ¿Diga usted?

PRUDENCIA ¿Cómo estamos de fondos?

MARGARITA Puede usted figurárselo. Pero vamos, no importa, diga.

PRUDENCIA Es hoy primer día de año, tengo precisión de hacer algunos obsequios; si pudieras prestarme doscientos francos hasta fin de mes.

MARGARITA (Levantando los ojos.) ¿Hasta fin de mes?

PRUDENCIA Sí, podrás contar con ellos.

MARGARITA Tengo apenas lo que necesito.

PRUDENCIA Pues no hablemos más de ello.

MARGARITA Sin embargo, mira si hay en aquel cajón, y toma lo que te parezca. (Prudencia lo hace.) ¿Cuánto hay?

PRUDENCIA Quinientos francos.

MARGARITA Pues toma los doscientos que te faltan.

PRUDENCIA ¿Y te bastará el resto?

MARGARITA Yo ya sé lo que me bastará. No te inquietes por mí.

PRUDENCIA No puedes figurarte el favor que me haces.

MARGARITA Tanto mejor y lo celebro.

PRUDENCIA Me marcho, pues. Ya vendré a verte a menudo. Tienes hoy mucho mejor semblante.

MARGARITA Sí, me encuentro mejor.

PRUDENCIA Pronto vendrá el buen tiempo y los aires del campo acabarán de devolverte la salud.

MARGARITA Sí, seguramente.

PRUDENCIA Adiós, adiós, y mil gracias otra vez. (Vase. Aparece Nanine.)

NANINE ¿A que ha venido aún a pedirle dinero?

MARGARITA En efecto.

NANINE ¿Y usted se lo ha dado?

MARGARITA Dijo que lo necesitaba mucho. Mira, toma ese brazalete y véndelo. Vuelve en seguida.

NANINE ¡Y quedará usted sola!

MARGARITA Sí, nada necesito de momento. Además, tú tampoco vas a tardar mucho; el platero no vive lejos y ya te conoce de otras veces. Ve, no te detengas. (Vase Nanine.)

ESCENA VII

MARGARITA, leyendo una carta que saca del pecho.

MARGARITA «Margarita: Después del duelo con el señor Varville, Armando desapareció sin abrazarme siquiera. Sé que ha cumplido usted su juramento, que se negó a dar explicaciones a mi hijo y que él ofendió a usted públicamente. Yo recompensaré su abnegación, explicando a Armando en cuanto pueda verle, la nobleza de su conducta y el motivo que le impulsó a usted a abandonarle. Usted se lo merece todo, y yo le prometo darle el premio de su noble conducta. Reciba el afecto de quien la admira y venera: Duval.» Seis meses que recibí esta carta y que leo y vuelvo a leer para que me infunda ánimo. ¡Si llegara hasta mí una sola palabra de Armando!... ¡Si pudiera prolongar mi vi-

da hasta la primavera!... (Mirándose en un espejo.) ¡Dios mío, qué cadavérico semblante! ¡Quién es capaz de reconocerme! He comprendido bien las palabras pronunciadas en voz baja por el Doctor al hablar con Nanine. Pero puede aún mi vida prolongarse algunos días tal vez. ¡Si Armando volviera, mi salvación sería segura! ¡El primer día del año!... (Va a la ventana.) ¡Qué felices transcurren las gentes por la calle! ¡Qué niño tan hermoso! ¡Con que placer le daría un beso!...

ESCENA VIII

Dicha, NANINE, que deja en la chimenea el dinero

NANINE ¡Señora!...

MARGARITA ¿Qué ocurre?

NANINE Se siente usted mejor, ¿no es cierto?

MARGARITA ¿Por qué?

NANINE Le recomiendo un poco de calma.

MARGARITA ¿Qué ocurre? ¿Quién ha llegado?

NANINE Quisiera antes prevenirla a usted; temo que una noticia dada así de pronto, aunque sea una buena noticia...

MARGARITA ¿Qué? di, no retardes un momento. ¿Dime, ¿es qué has visto a Armando? ¿Es qué viene a verme? (Nanine le indica que sí.) Margarita corre a la puerta.) ¡Armando! ¡Oh, no! no es posible, sería demasiada dicha la que el Señor me concedería.

ESCENA IX

MARGARITA y ARMANDO

ARMANDO ¡Soy yo, Margarita! Yo mismo que vengo a tu lado arrepentido, confuso por la culpa. A no ser por Nanine, estaría yo en la calle llorando e implorando tu perdón. Margarita, no me maldigas. Mi padre me escribió revelándomelo todo. Lejos de ti, no sabía donde esconder mi amor y mis

remordimientos. Yo partí como un loco, viajando día y noche sin descanso, sin tregua, perseguido de terribles presentimientos y apareciéndoseme tu casa orlada de negro. ¡Oh! si no te hubiera hallado era segura mi muerte, pues me habría considerado el autor de la tuya. Margarita, dime que me perdonas. ¡Qué dicha volverte a estrechar entre mis brazos!...

MARGARITA ¿Perdonarte yo? ¿Yo perdonarte, siendo solo la culpable? ¿Acaso puedo hacer otra cosa? Yo quiero mi dicha después de la tuya. Tu padre ya no vendrá a separarnos, ¿no es cierto? No es tu Margarita la que ves en mí, ¿no es verdad? pero no importa, tu amor me rejuvenecerá. Yo recobraré nuevamente mis atractivos con tu cariño. Tu olvidarás lo pasado. Empezará desde hoy para nosotros una nueva vida.

ARMANDO Yo no me aparto ya de ti. Oye, Margarita: desde este instante abandonarás estas paredes. Huiremos lejos de París. Mi padre está ya convencido de quien eres y te amará como al ángel bueno de su hijo. Mi hermana está ya casada. El porvenir es nuestro y nos sonríe.

MARGARITA ¡Oh! Háblame así. ¡Yo siento que mi alma renace después de tantos sufrimientos! No ha mucho me decía: una sola cosa podía salvarme, y esta está ya junto a mí. No perdamos tiempo, porque la vida se me escapa veloz, y quiero detenerla en su camino. Nichette y Gustavo se casan esta mañana. Seremos testigos de su dicha. Allá, en el templo, rogaremos a Dios por nuestra futura felicidad. ¡Qué agradable acontecimiento me depara la Providencia en el primer día del año que hoy empieza a transcurrir! ¡Dime, di que me quieres!

ARMANDO ¡Oh, sí! ¡Eres todo mi vida!

MARGARITA (A Nanine.) Nanine, prepara mi traje para salir.

ARMANDO Excelente, Nanine, ha sido muy buena para ti.

MARGARITA Sí, todos los días hablábamos de ti con ella, porque ante otra persona no me habría atrevido a pronunciar tu nombre. Ella es la que me ha alentado en la esperanza de que volverías a mí. (Desfalleciendo.)

ARMANDO ¡Margarita! ¡Tú palideces!...

MARGARITA No, no es nada. Es la natural sorpresa que tu presencia me ha causado. A un corazón enfermo como el mío, le trastornan también las súbitas alegrías. (Se desvanece algo.)

ARMANDO ¡Margarita, háblame! ¡Te lo suplico!

MARGARITA Nada temas. Estas crisis hace días que son en mí frecuentes, pero pasan pronto. Mírame, ya sonrío. Es la alegría del vivir que me oprime.

ARMANDO ¡Tú tiemblas!...

MARGARITA No, no es nada. A ver, Nanine, pronto, dame un chal, el sombrero. (Desfalleciendo.)

ARMANDO ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

MARGARITA (Después de un esfuerzo.) ¡No puedo!... ¡No puedo!... (Cae en el canapé.)

ARMANDO ¡Nanine, pronto; ve en busca del Doctor!

MARGARITA Sí, ve por él. Dile que Armando ha vuelto. ¡Que yo quiero vivir! ¡Que es preciso que viva! (Vase Nanine.) Si tu vuelta no me salva, nada puede salvarme. La humana criatura debe morir de lo que la dió vida. Yo he vivido del amor y de él moriré.

ARMANDO ¡Calla! ¡Tú vivirás; es necesario que vivas!

MARGARITA Acércate a mí, lo más cerca posible, y escúchame. Por un momento odié la muerte y fuí con ella ingrata. A no tenerla próxima, tu padre no habría dejado tal vez que te acercaras a mí.

ARMANDO ¡Margarita, no me hables de tal modo! Dime que vivirás; aparta de tu imaginación la idea de la muerte. Di que no crees en ella. ¡Que no la quieres!

MARGARITA Aun cuando no la quiera, así Dios lo destina; y créeme, si esto sucede es para que te reste la pureza de mi recuerdo. Dios, al disponerlo así, da una prueba de su infinita sabiduría.

ARMANDO ¡Me espantan tus palabras!

MARGARITA ¿Cómo es eso posible? ¿Soy yo la que ha de infundirte valor desde el borde de mi sepulcro? Oyeme y obedece: Abre aquel cajón; toma un medallón en él hay mi retrato del tiempo aquel que yo me consideré dichosa. Te lo destinaba; guárdalo, será mi último recuerdo. Si algún día tomaras una joven esposa, como puede ser, como yo quiero que sea, dile que es de una desgraciada amiga que desde un rincón del paraíso ruega por ti y por ella. Si siente celos del pasado, como lo sentimos todas, y te exige el sacrificio de este recuerdo, hazlo sin resentimiento alguno; yo te lo perdono anticipadamente. La mujer, cuando quiere, sufre mucho si cree que no es correspondida. ¿Has comprendido bien, Armando mío?

ESCENA X

Dichos, NANINE, luego NICHETTE, GUSTAVO y por fin GASTÓN

NICHETTE ¡Ah, mi buena Margarita! Tú me escribiste anunciándome tu muerte y te hallo levantada y sonriente.

ARMANDO ¡Gustavo, amigo mío! ¡Soy muy desgraciado!

MARGARITA ¡Agonizo, pero soy muy feliz! ¿Os habéis ya casado? Vosotros seréis dichosos; recordadme alguna vez. ¡Armando, tu mano! Yo te aseguro que no es tan terrible la muerte. (Al ver a Gastón.) ¡Ah! ¡tú! mi buen Gastón. ¿Vienes en mi busca, verdad? Tengo aún la suerte de volverte a

ver. La felicidad hace ingratos. Armando, mírale, como a un buen amigo. Ha sido muy bueno para mí. ¡Ah!... ¡No puedo más!...

ARMANDO ¡Margarita!...

MARGARITA ¡No, si ya no sufro!... Cualquiera diría que entro en una nueva vida... ¡Sí!... ¡Que bien en ella me siento!... (Inclina la cabeza y deja de suspirar.)

GUSTAVO ¡Duerme!...

ARMANDO (Con inquietud y luego con terror.) ¡Margarita!... ¡Margarita!... ¡Margarita!... (Da un grito y se abraza a su cuerpo.) ¡Ah!... ¡Muerta!... ¡Dios mío, muerta!... ¡Qué más ya puedo esperar!...

GUSTAVO ¡Te amó hasta su postrer instante! ¡Pobre Margarita!...

NICHETTE ¡Descansa en paz!... ¡Todo te será perdonado, porque mucho amaste en este mundo!

TELÓN

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno.
El Rey
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal.
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia.
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S Martín
El desdén con el desdén
Cuento inmoral
Amor de Amar
La dama de las camelias

Seguirá la obra

LA DOMADORA DE LEONES

Drama de JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Precio: DOS pesetas